



José Concha

Las cuatro Naciones o Viuda Sutil

Comedia en prosa en tres actos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Concha

Las cuatro Naciones o Viuda Sutil

Comedia en prosa en tres actos

PERSONAJES:

DOÑA ROSAURA, viuda.
ELEONORA, su hermana.
DON PANTALEÓN, viejo.
DON ALBERTO VIEJO, padre de las dos.
MILOR RUNEBIF, inglés, amantes de Rosaura.
MONSIEUR LE BLAU, francés,
DON ÁLVARO DE GAMA, portugués,
EL CONDE DEL BOSCO, italiano,
FRANCISQUÍN, camarero de la Rosaura.
MARIONETA, camarera de Rosaura.
BIRIF, criado del Milor.
FOLETO, volante del conde.
CRIADOS y MOZOS de café.

Acto primero

Sala de posada, con mesa redonda, manteles, varias botellas de licores, copas, y luces.
Sentados MILOR, MONSIEUR LE BLAU, el CONDE y DON ÁLVARO.

CANTAN LOS 4. -Viva el buen gusto viva la unión que hace felice conversación.

CONDE. -Amigos, este nuestro Huésped nos trata magníficamente: nos ha dado buena cena.

MONSIEUR. -¡He! No ha sido mala, pero, amigo, los Italianos no tienen para comer el buen gusto de Francia.

CONDE. -También tenemos nosotros cocineros franceses.

MONSIEUR. -Ya; pero saliendo de su país, cada uno se bastardea; que en París se come que es un asombro; allí es donde se refinan las cosas.

MILOR. -Ums. señores franceses, están con esa manía en la cabeza, de que no hay cosa mejor en el mundo que París. Yo soy un buen inglés; pero de Londres no hablo jamás.

DON ÁLVARO. -Yo me río cuando oigo exagerar las ciudades de París, Londres, Viena etc. do està Lisboa, calle el Mundo.

CONDE. -Señores míos, yo soy sincero: todo el mundo es país, y en todas partes hay de bueno y de malo, y en cualquiera ciudad se está bien, cuando se tiene dinero, y está alegre el corazón.

MONSIEUR. -Pues bien, viva la alegría: Ya estamos cerca de amanecer, podríamos ahorrarnos de ir a la cama; ¿pero qué me dicen de la hermosa viuda donde hemos estado a la función?

MILOR. -Muy propia y civil.

DON ÁLVARO. -Tenía una gravedad, que enamoraba.

MONSIEUR. -Parecía una francesa, tenía todo el brío de una mademoiselle.

CONDE. -Cierto: la señora Rosaura es dama de mucho garbo, y respetada de todos, como adorada de mi corazón.

MONSIEUR. -Alón, viva madama Rosaura.

TODOS. -Viva. (Beben todos: sale FRANCISQUÍN, ve que todos beben, y toma él un vaso, se le llena de vino, y dice después de beber.)

FRANCISQUÍN. -Que viva doña Rosaura eternamente.

CONDE. -Bueno: alabo tanto espíritu.

DON ÁLVARO. -Vms. se ríen de semejantes simplezas, en Lisboa una tal impertinencia se había ganado cincuenta garrotazos.

MONSIEUR. -Y en Francia este haría fortuna: los espíritus briosos son aplaudidos.

MILOR. -Ums. estiman el espíritu, y nosotros el juicio.

MONSIEUR. -Volvamos a nuestro asunto; aquella viuda me está en el corazón.

DON ÁLVARO. -Eu morro por ela.

CONDE. -Yo os aconsejo no aseguréis ese intento.

TODOS. -¿Por qué?

CONDE. -Porque es una Dama enemiga del amor, despreciadora de amantes, e incapaz de ternura, sólo para mí. (Aparte.)

MONSIEUR. -Aunque ella sea un tigre, si un verdadero francés como yo la llega a decir algunos de nuestros conceptos, hechos de proprio para enamorar a las mujeres, os juro la veréis suplicar, y muriéndose pedir misericordia.

DON ÁLVARO. -Sería la primera mujer que negase la correspondencia a Don Álvaro de Gama fidalgo portugués: os homes de miño nacimiento, y prosopopeya tienen a privilegio de hacer correr tras si todas las mujeres du Mundu.

CONDE. -Pues con esta ni la brillantez francesa, ni la fantasía portuguesa podrá conseguir cosa alguna.

MONSIEUR. -Esta noche le advertí que me miraba atentamente, y conocí la impresión que habían hecho mis ojos en su corazón. Al dar la mano en el minue me hirió tan dulcemente, que fue un milagro que no cayese postrado a sus pies.

DON ÁLVARO. -Eu se que miño respecto ten infundido reverencia en todas las mulleres du mundo.

CONDE. -Yo me abraso.

MILOR. -Ola. (Sale FRANCISQUÍN.)

FRANCISQUÍN. -Señor, ¿qué mandáis?

MILOR. -Ven aquí; ¿conoces a madama Rosaura, cuñada de don Pantaleón?

FRANCISQUÍN. -¿La viuda? Sí Señor, la conozco.

MILOR. -Toma ese anillo, llévaselo, dila que se le envía Milor Runebif, que es el mismo que la noche pasada me alabó tanto; que iré luego a su casa a tomar chocolate.

FRANCISQUÍN. -Pero, Señor, eso es una cosa...

MILOR. -Toma esos diez pesos para ti.

FRANCISQUÍN. -Señor mil gracias; yo repugnaba porque no quisiera que el Señor Don Pantaleón...

MILOR. -Vas, ¿o te mato a palos?

FRANCISQUÍN. -No Señor, estimo la voluntad. (Va.)

MILOR. -Ola. (Vienen varios CRIADOS.)

toma una luz: Amigos un poco de descanso aprovecha. (Vase.)

MONSIEUR. -A Dios Milor, no dice mal.

CONDE. -Un rato de sosiego es preciso, Blau ¿nos veremos en le café?

MONSIEUR. -Esta mañana no podrá ser porque estoy empeñado.

CONDE. -¿ A dónde?

MONSIEUR. -En casa de Doña Rosaura, que espero introducirme con un cierto intento.

CONDE. -Eso es imposible, ella no recibe a nadie. (Vase.)

MONSIEUR. -Digo; el amigo como falta; no puede esconder la celosía: es Italiano, y tanto basta. (Vase.)

DON ÁLVARO. -Seya italiano, o feya ò que quiera, yo he de llevar a Palma en el empeño, porque à gravedad portuguesa tudu tudu se avasalla. (Vase.) (Cuartos de DOÑA ROSAURA, y esta y MARIONETA vestida de camarera francesa.)

DOÑA ROSAURA. -Marioneta, dime tú que has nacido en Francia ¿qué figura haría yo en París?

MARIONETA. -Su espíritu de Vmd. con esa gracia arrastraría muchas voluntades.

DOÑA ROSAURA. -Pues me maravillo de eso; que en Italia hay también muchas más briosas que yo.

MARIONETA. -Esas que aquí se llaman espiritosas etc. nosotros las llamamos espititudadas; en París gusta el brío compuesto, una prontitud corregida, y una costumbre arreglada.

DOÑA ROSAURA. -¿Conque allá las mujeres serán muy modestas?

MARIONETA. -No se pican por tanta modestia, todo pasa por galantería, cuando está hecho con garbo.

DOÑA ROSAURA. -Ya ves que yo soy viuda, y en un estado en el que no estoy muy gustosa.

MARIONETA. -En verdad, ¿tenéis algo entre manos?

DOÑA ROSAURA. -No; que aún no he tenido tiempo, que a poco que enviudé.

MARIONETA. -Las mujeres jóvenes casadas con viejos, como a vmd le ha sucedido, tienen antes de la muerte del marido prevenido a quien las enjuge las lágrimas.

DOÑA ROSAURA. -Tú me haces reír.

MARIONETA. -Si vmd. pudiera encontrar un francés, dichosa vmd.

DOÑA ROSAURA. -¿Y qué ventaja hallaría?

MARIONETA. -No es nada; gozar toda la libertad del mundo sin temor de dar celos, antes con la seguridad de cuanto más tratable con todos más en gusto del esposo.

DOÑA ROSAURA. -Pues es una bella prerrogativa, oyes ¿quien es este que entra en mi cuarto?

MARIONETA. -Me parece un camarero de la posada del León: le conozco; porque he estado allí, y es un mozo bastante vivo.

DOÑA ROSAURA. -Bien se conoce cuando se entra así; pregúntale que quiere.

MARIONETA. -Dejémosle venir, y lo sabremos. (Sale FRANCISQUÍN.)

FRANCISQUÍN. -Con licencia, ¿se puede entrar? Sí Señor; pase vmd. adelante; viva vmd. mil años que lo agradezco.

DOÑA ROSAURA. -Vaya que está bueno el cumplimiento.

MARIONETA. -¿No os he dicho que es graciosísimo?

FRANCISQUÍN. -Si vmd. gusta le daré un recado.

DOÑA ROSAURA. -¿De quién?

FRANCISQUÍN. -De un Milor Runebif.

DOÑA ROSAURA. -Ese es un caballero inglés que le vi la otra noche en la fiesta de baile.

FRANCISQUÍN. -Pues dice que después de darle a vmd. los buenos días vendrá a tomar chocolate con vmd. y para prueba de la verdad le regala a vmd. este anillo.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué dices? Me maravillo de ti, y de quien te envía con semejantes embajadas, si Milor quiere venir a tomar chocolate a mi casa es dueño ¿pero enviarme prenda para ello me ofende, y no me conoce, dile que venga y aprenderá a conocerme.

FRANCISQUÍN. -¿Como? ¿Vmd. rehúsa un anillo tan bello? ¿de quién aprendido esta impolítica? ¿qué mujer el día de hoy rehúsa los regalos?

MARIONETA. -A ver el anillo.

FRANCISQUÍN. -Vea vmd. a ver si ni aun en Francia despreciarían una cosa tan buena.

MARIONETA. -¡Y qué hermosa! vale alomenos mil pesos, y vmd. ¿no quiere tomarle?

DOÑA ROSAURA. -¿Pero te parece a ti que en una mujer como yo esté bien recibir tal regalo, sin hacer un poco de cumplimiento primero?

MARIONETA. -Sí, si dice vmd. bien, (canasto mi ama sabe más que yo.)

FRANCISQUÍN. -¿Con que vmd no lo toma?

MARIONETA. -¿No oyes que no le quieres?

FRANCISQUÍN. -Bien, se lo volveré a llevar, yo no he visto mujer de esta especie. (Vase.)

DOÑA ROSAURA. -Algunos forasteros tienen de nosotras pésimas aprensiones, juzgan que el oro y joyas han de ser las cadenas que nos sujetan a ser sus esclavas, yo si he de recibir algo me lo han de rogar, y quiero que después de aceptado aún se me agradezca mucho.

MARIONETA. -Bravo, así va bien; pero gente viene.

DOÑA ROSAURA. -El Milor es; hazle entrar, y dispón el chocolate.

MARIONETA. -Bien está; esta viuda lo sabe a tuertas y a derechas. (Vase.)

DOÑA ROSAURA. -Si el Milor tiene sentimientos decentes a mi carácter no rehusaré admitirle a mi conversación, pero ya entra. (Sale el MILOR.)

MILOR. -¿Madama?

DOÑA ROSAURA. -Milor, seáis bien venido.

MILOR. -¿Por qué no habéis admitido el anillo, cuando me dijisteis a noche que os gustaba?

DOÑA ROSAURA. -No todo lo que gusta se ha de aceptar.

MILOR. -Yo lo creo al contrario.

DOÑA ROSAURA. -Desear, y aceptar no es todo uno.

MILOR. -Jamás me ha parecido bien porfiar con las mujeres.

DOÑA ROSAURA. -Pasad a sentaros.

MILOR. -Vos primero.

DOÑA ROSAURA. -Vaya.

MILOR. -Las ceremonias me fastidian. (Siéntanse.)

DOÑA ROSAURA. -¿Habéis descansado?

MILOR. -Poco.

DOÑA ROSAURA. -¿Os gusto la función?

MILOR. -Mucho.

DOÑA ROSAURA. -¿Había bellas madamas?

MILOR. -Sí, muy bellas.

DOÑA ROSAURA. -¿Cuál os dio más en el genio?

MILOR. -Vos.

DOÑA ROSAURA. -¿Es adulación o burla?

MILOR. -Ni uno, ni otro.

DOÑA ROSAURA. -¿Cómo me he de creer yo digna de esa prerrogativa?

MILOR. -Vos merecéis mucho, aunque os gusta aceptar poco.

DOÑA ROSAURA. -Yo no acepto por no obligarme a la paga.

MILOR. -Yo no pretendo nada de vos, si tomáis el anillo me daréis gusto, y si lo estimáis quedará satisfecho.

DOÑA ROSAURA. -Cuando es así no quiero usar impolítica.

MILOR. -Tomadle.

DOÑA ROSAURA. -Quisiera saber daros gracias.

MILOR. -Callad, no hablemos de eso; porque me fomentaréis un agravio. (Sale MARIONETA con dos jícara de chocolate.)

DOÑA ROSAURA. -Tomad el chocolate.

MILOR. -¿Madama?

DOÑA ROSAURA. -¿Qué político!

MILOR. -Marioneta, ¿tú eres francesa? (Bebiendo.)

MARIONETA. -Sí, Señor.

MILOR. -Servirás bien.

MARIONETA. -Hago lo que puedo. (Le da la jícara poniendo un duro bajo de ella.)

MILOR. -Toma.

MARIONETA. -Este es un doblón de oro para mí.

MILOR. -¿ Conque sois viuda?

DOÑA ROSAURA. -Sí Señor; pero si encontrase ocasión me casaría.

MILOR. -Yo al contrario, no tengo intención de casarme jamás.

DOÑA ROSAURA. -¿Por qué?

MILOR. -Me gusta la libertad.

DOÑA ROSAURA. -Conque ¿no sentiréis amor?

MILOR. -Amo cuando veo alguna hermosura.

DOÑA ROSAURA. -Luego ese amor ¿será pasajero?

MILOR. -¿Pues qué se ha de amar toda la vida?

DOÑA ROSAURA. -La constancia es el mejor premio del amor.

MILOR. -Sí constancia, mientras hay amor hay amor mientras se está a la vista del objeto.

DOÑA ROSAURA. -No lo entiendo.

MILOR. -Yo me explicaré. Yo os amo, y seré fiel en tanto que os ame, y este amor será mientras os tenga a la vista.

DOÑA ROSAURA. -Conque me amáis ahora, y en yendoos fuera de Venecia no os acordaréis más de mí.

MILOR. -¿Y qué os importa que yo os ame en París o en Londres? mi amor os sería inútil, y yo penaría sin provecho.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿qué ventaja sacáis estando a la vista?

MILOR. -¿Veros y que me veáis?

DOÑA ROSAURA. -Sois particular.

MILOR. -En todo vuestro.

DOÑA ROSAURA. -Pero eso mientras estéis aquí.

MILOR. -Seguramente.

DOÑA ROSAURA. -¿Y después?

MILOR. -Del objeto que a la vista se me ponga.

DOÑA ROSAURA. -Bello cariño.

MILOR. -Es mi genio. (Sale MARIONETA.)

MARIONETA. -Señora, el conde de Bosco desea veros.

DOÑA ROSAURA. -Hazle entrar, y arrima una silla.

MILOR. -Este conde me parece os ama mucho.

DOÑA ROSAURA. -Así lo dice. (Sale en conde, y MARIONETA.)

CONDE. -Señora Rosaura, felicísimos días.

DOÑA ROSAURA. -A Dios Conde, sentarse. (Serio.)

CONDE. -Me alegro de tan buena conversación.

DOÑA ROSAURA. -Milor me ha hecho la fineza de venir a tomar chocolate conmigo.

CONDE. -Vos sois generosa con todos.

DOÑA ROSAURA. -Y vos nada político conmigo.

MILOR. -Éste está celoso como una bestia.

DOÑA ROSAURA. -Oyes (con licencia) dile a mi hermana que venga, y se siente junto a Milor, pronto. (Vase MARIONETA.)

CONDE. -Verdaderamente no se puede negar que Milor no tenga todas las calidades propias de un modista-cortejante.

MILOR. -Qué secatura. (Sale ELEONORA.)

ELEONORA. -¿Se puede gozar de tan amable conversación?

DOÑA ROSAURA. -Ven Eleonora.

MILOR. -¿Quién es esta señorita?

DOÑA ROSAURA. -Mi hermana.

ELEONORA. -Su servidora. (La saluda sin hablar el MILOR.)

DOÑA ROSAURA. -Siéntate junto al Milor.

ELEONORA Si me lo permite.

MILOR. -A vuestro gusto. (Sin mirarla.)

ELEONORA. -¿Vos sois inglés?

MILOR. -Sí, Señora. (Idem.)

ELEONORA. -¿ Ha mucho tiempo que estáis en Venecia?

MILOR. -Tres meses.

ELEONORA. -Os gusta la ciudad.

MILOR. -Mucho.

ELEONORA. -¿Pero por qué me tratáis con tanta aspereza?

MILOR. -Perdonadme, estoy distraído (ésta no me gusta.)

ELEONORA. -Siendo así no quiero molestaros.

MILOR. -Con su licencia. (Se alza.)

DOÑA ROSAURA. -¿ A dónde Milor?

MILOR. -A pasearme.

DOÑA ROSAURA. -Parece estáis disgustado.

MILOR. -¿Quién tal? dice al contrario: esta tarde nos veremos, señores, con permiso.

DOÑA ROSAURA. -Permitidme a lo menos... quiere alzarse.

MILOR. -No, no, no os incomodéis, quedaos a consolar al pobre conde que miro muerto por vos; yo también os quiero, y por lo mismo me alegro veros cercada de tantos amantes que hacen justicia a vuestro mérito, y aplauden mi elección. (Vase.)

ELEONORA. -Hermana, bella conversación es a la que me has llamado.

DOÑA ROSAURA. -Perdona, Milor es un hombre de buen corazón, pero extravagante.

ELEONORA. -Yo no le vuelvo a hablar en toda mi vida.

CONDE. -No lo dirá así la señora Rosaura.

DOÑA ROSAURA. -¿Y qué viene ahora esa razón llena de malicia?

CONDE. -Por veros tan amable dando conversación a un rival mío, a un forastero.

DOÑA ROSAURA. -Pero ¿qué soy acaso vuestra? ¿me habéis comprado? ¿soy vuestra mujer? ¿pretendéis mandarme? ¿declaraos, con qué autoridad? ¿con qué fundamento? Conde yo os amo, y quizá más de lo que vos pensáis; pero no quiero por esto sacrificar mi libertad; la conversación cuando es honesta es digna de las personas de modo. La mujer que tiene entendimiento trata con todos, pero con indiferencia, así he hecho hasta ahora, y si con alguno me he particularizado ha sido con vos, pero si abusáis de esta fineza, os introduciré en la masa de los demás, y tal vez puede que os eche de mi casa aborreciéndoo eternamente. (Vase.)

ELEONORA. -Amigo, habéis quedado fresco; vos tenéis la culpa; la maldita celosía es el cuchillo de las mujeres, hace bien mi hermana de quitaros esa tontería de la cabeza; yo os digo la verdad; si me tocase un marido celoso le había de hacer morir desesperado. (Vase.)

CONDE. -¿Pero cómo se puede hacer para no tener celos? adoro a Rosaura, y la hallo sentada al lado de uno que es mi rival, la conversación honesta y civil lo será, no lo niego, pero se empieza con la civilidad, y se acaba con los cariños; y así me ha sucedido a mí que me he enamorado un poco a la vez. Maldito sea el que ha introducido la costumbre de semejantes conversaciones por política. (Calle, casa y ventana, y sale DON PANTALEÓN, y DON ALBERTO viejos.)

DON PANTALEÓN. - Pues como digo, mi hermano Esteban marido de Rosaura murió sin hijos, y porque no se quede perdida la casa dispongo casarme yo.

DON ALBERTO La máxima es buena, falta saber si con tanta edad podréis tener sucesión.

DON PANTALEÓN. - Es verdad que soy viejo, pero me he cuidado en la juventud, y no he desperdiciado mi naturaleza, espero hallarla en la vejez.

DON ALBERTO. -Vaya, ¿y con quién tenéis pensado vuestra boda?

DON PANTALEÓN. - Yo os lo diré, mi hermano se casó con vuestra hija Rosaura; yo me inclino a su hermana Eleonora, esto se entiende con vuestro beneplácito.

DON ALBERTO. -Yo por mí soy contento, y os doy gracias de la estimación que hacéis de mi familia; y como Eleonora quede gustosa, desde luego os doy mi consentimiento.

DON PANTALEÓN. - Esto nace de la demasiada comunicación, hemos vivido juntos en una casa todos; y cuando menos he pensado ve vmd. Aquí me hallo enamorado hasta los ojos. (Sale MONSIEUR BLAU.)

MONSIEUR. -Monsieur Pantaleón servidor obligadísimo.

DON PANTALEÓN. - Yo lo soy vmd. Mons. Blau.

MONSIEUR. -Amigo, iba a vuestra casa a ver a vuestra cuñada Doña Rosaura, que es cierto que es una viuda propia, modesta y civil, hágame vmd. favor de introducirme con ella.

DON PANTALEÓN. - Oye vmd. yo me llamo Pantaleón ¡no condúzcame vmd. digo! Con la que se viene el Monsieur.

MONSIEUR. -Vmd. como amo de casa puede.

DON PANTALEÓN. - Puedo; pero no debo hacerlo.

MONSIEUR. -¿Por qué?

DON PANTALEÓN Porque dígame vmd. ¿ha visto vmd. que un cuñado haga el rufián de su cuñada?

MONSIEUR. -¡Oh! ¡Oh! ¡qué tontería! ¡qué simpleza! ruindad de espíritu pensar de ese modo, yo si se ofrece haré por vmd. este mismo oficio, y no me andaré con delicadeza, si ve vmd. que hay maridos que son introductores de los amantes de sus mujeres; ¿por qué vmd. no puede serlo, y más de su cuñada cuyo título la hace su enemiga? lo demás disparate, tontería, simpleza.

DON PANTALEÓN Todo eso será y estará bueno, pero yo no quiero hacer semejante cosa.

MONSIEUR. -Pues yo veré de introducirme sin vmd.

DON PANTALEÓN Lo veremos, lo veremos, el diablo del parisián. (Vase.)

MONSIEUR. -Ah, ah, ah, este me hace reír infinitamente, es buen hombre, de buen corazón, pero muy a la antigua, ¿qué me importara que no me introduzca cuando mi espíritu y marcialidad lo conseguirá? esta es su casa, llamaré; me abrirán, y llegaré hasta su retiro, y una vez en él, mi mismo aire nacional me asegurará mi deseo. (Llama.)
(MARIONETA a la ventana.)

MARIONETA. -¿Quién llama?

MONSIEUR. -Esta mi señora... ¡oh! Marioneta.

MARIONETA. -¿Monsieur le Blau?

MONSIEUR. -¿Tú aquí?

MARIONETA. -¿Vos en Venecia?

MONSIEUR. -Sí, está en casa Doña Rosaura?

MARIONETA. -Sí; suba vmd. y hablaremos con comodidad.

MONSIEUR. -Al instante, este es el verdadero modo de vivir, franqueza y ánimo de espíritu. (Entra, y se descubre cuarto de DOÑA ROSAURA, y sale ésta leyendo un libro.)

DOÑA ROSAURA. -¡Bella erudición! quién ha escrito este libro lo ha hecho con ánimo de hacerse querer bien de las mujeres. (Lee.) El padre debe pensar en buscar a la hija marido; y el marido a su mujer un caballero sirviente; éste deberá servir de secretario de la señora, y de éste deberá tener más sujeción que del marido. La persona más útil para un casado suele ser el cortejo de su mujer, pues le alivia de muchas cargas y sirve de rémora al espíritu inquieto de una mujer bizarra. No es esto para mí, mientras estuve casada no quise a mi rededor tales ganimedes ni polillas de honor, que mandan más que los maridos, porque

la que los tiene, es vivir no una sino muchas veces esclava, y esclava de su misma ruina.
(Sale MARIONETA.)

MARIONETA. -Señora mía, la fuerte propicia os presenta la mejor ocasión.

DOÑA ROSAURA. -¿De qué modo?

MARIONETA. -Hay un caballero francés que arde por vuestra hermosura, y busca la correspondencia.

DOÑA ROSAURA. -¿Y cómo se llama?

MARIONETA. -Monsieur le Blau.

DOÑA ROSAURA. -Ya le conozco; ayer estuvo en el baile, y bailó bien afectado.

MARIONETA. -Eso no importa, es un caballero rico, joven, vivo, espirituoso, nada celoso; y últimamente basta decir que es francés.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿dónde está!

MARIONETA. -A la puerta de esta sala.

DOÑA ROSAURA. -Pues ¿cómo tú sin avisarme? dile... (A la puerta MONSIEUR y MARIONETA.)

MONSIEUR. -¿Duerme madama?

MARIONETA. -No Señor, pero no se puede ahora.

MONSIEUR. -¡Ah! si no duerme me permitirá que yo la bese las manos. (Se entra.)

MARIONETA. -¿Qué hacéis?

DOÑA ROSAURA. -Caballero, en mi cada nadie se toma tanta audacia. (Échase a los pies pronto.)

MONSIEUR. -¡Ah! madama, ya estoy a vuestros pies a pedir os perdón de mi impertinencia, si tenéis tan hermoso corazón como son bellos vuestros ojos espero que me la concedáis.

MARIONETA. -Esto es ser expresivos, viva Monsieur le Blau.

DOÑA ROSAURA. -Alzad, señor, que vuestro error no es tan grave para que os echéis a los pies de quién no merece tantos afectos.

MONSIEUR. -¡Ah! Cielo, vuestras palabras me han colmado mi corazón de dulzura.

DOÑA ROSAURA. -Aunque conozco la caricatura, obligan mucho las expresiones.

MONSIEUR. -Marionete, ya no te necesito puedes irte.

MARIONETA. -Manda vmd. algo ¿señora?

DOÑA ROSAURA. -Acerca dos sillas.

MARIONETA. -Aquí están, acuértese vmd. de la costumbre de nuestro país.

MONSIEUR. -Ya entiendo, ¿los guantes de la camarera?

MARIONETA. -Sí Señor.

MONSIEUR. -Bien, ya queda en mi memoria el que te los debo dar, descuida.

MARIONETA. -No, en cuando a esto me gusta más el estilo inglés; aquel al instante; es cosa buena. (Vase.)

MONSIEUR. -¡Ah! madama, el cielo que todas las cosas las hace bien y os ha hecho tan bella, os habrá hecho piadosa.

DOÑA ROSAURA. -Así como no soy lo que ponderáis de bella, tampoco no soy tan piadosa.

MONSIEUR. -Es baja estima que hacéis de vos; proviene de vuestra gran modestia, viva el cielo que si Apeles debiera ahora pintar a Venus no pudiera hacerla perfecta sino haciendo vuestro retrato.

DOÑA ROSAURA. -El mucho aplauso al principio degenera en vituperio.

MONSIEUR. -Pues yo hablo con todo el corazón, vos sois la más bella dama que he visto. A la belleza natural, la bella manera de vestir, del peinado, parecéis una flora. ¿Quién os ha peinado madama? ¿es nuestra Marioneta?

DOÑA ROSAURA. -Sí señor.

MONSIEUR. -¡Ah! como se conoce la manera de París; pero esperad, un cabello insolente quiere desertar de vuestro tupé.

DOÑA ROSAURA. -No será cosa.

MONSIEUR. -¡Oh! perdonádme, está muy mal, yo lo quitaré si os contentáis.

DOÑA ROSAURA. -No, llamaré a la camarera.

MONSIEUR. -No, no; quiero yo tener el honor de servir a vmd. (Saca de la faltriquera un estuche, y de él saca unas tijeras; corta el pelo.)

MONSIEUR. -Ya está cortado. (Saca del mismo estuche un alfiler y la compone los pelos.)

MONSIEUR. -Está perfecto. (De la misma saca un fuelle de polvos y le echa del estuche; saca una navajita y la quita los sobrantes polvos.)

Así está bien. (Saca un pañuelo la limpia la cara, y saca un espejito.)

MONSIEUR. -A ver si está perfectamente. (Saca un frasquito de olor, se lava las manos, y con el pañuelo se enjuga.)

MONSIEUR. -Lavémonos que es más preciso, vea vmd. si ahora no está de manera que parece pintado; para casos semejantes son necesarias todas estas menudencias indispensables a los verídicos hombres de gusto, servidores de damas.

DOÑA ROSAURA. -No se puede negar que no reine en vos todo el buen gusto, bizarría, y perfecto conocimiento.

MONSIEUR. -Sobre lo que toca a gusto, no es por vanagloria; pero en París se hace de mi una memoria particular, los sastres franceses tienen los más correspondencia conmigo para que les dirija sus ideas en el modo de vestir; de manera que ninguno publica una nueva moda sin examen y aprobación.

DOÑA ROSAURA. -Verdaderamente se ve que vuestro modo de vestir no es común.

MONSIEUR. -¡Ah! ved bien este talle, esta delicadeza de espaldas (se pasea) cuando adornan estos dos lados así rasgados este corte tan perfecto, esta manga también perfilada todo esto hace que parezca el todo prodigiosamente, y por esto os parecí tan bien baile, porque el aire del vestido asegura el del cuerpo.

DOÑA ROSAURA. -Es verdad (en cuanto a bailar, pésimamente.)

MONSIEUR. -Pero yo pierdo así en cosas inútiles el tiempo que precioso anhelo para deciros que sois ídolo del corazón, la imagen del pensamiento; que a la luz de vuestros ojos vivo, y que deseo vuestra correspondencia para refrigerio de mis penas.

DOÑA ROSAURA. -Señor Blau, que yo os guste es mi fortuna; que vos améis es vuestra bondad; pero que yo os corresponda no está a mi arbitrio.

MONSIEUR. -¿De quién depende? ¿no sois dueña de vos misma?

DOÑA ROSAURA. -Las viudas estamos más sujetas a la crítica que las demás mujeres.

MONSIEUR. -Vos debéis vivir a la usanza de las mujeres prudentes.

DOÑA ROSAURA. -La que es prudente, o debe vivir sola, o debe acompañarse con un marido.

MONSIEUR. -Pues si es por marido yo os ofreceré este partido.

DOÑA ROSAURA. -En quién.

MONSIEUR. -En mí que os adoro; os daré la mano, pues os he dado el corazón.

DOÑA ROSAURA. -Dadme para resolver algún tiempo.

MONSIEUR. -Sí, bien mío, tomad el que queráis; pero en tanto no me dejes morir. (Va para besarla la mano.)

DOÑA ROSAURA. -Monsieur, un poco de modestia.

MONSIEUR. -Pero yo me abraso, no puedo vivir. (Ella se retira, y va detrás.)

no me huyáis, tened piedad.

DOÑA ROSAURA. -Modestia, sois demasiado importuno.

MONSIEUR. -¡Ah! Señora, os pido perdón. (Se arrodilla.)

DOÑA ROSAURA. -He, volveremos de nuevo, vaya, alzaos, no deis en semejantes tonterías.

MONSIEUR. -¡Ah! Madama, una opresión de pecho, un afán del corazón no me deja levantar; ayudadme, socorredme. (Le da la mano, la besa, y se levanta de pronto.)

MONSIEUR. -No es buen amante quien no se aprovecha de la ocasión.

DOÑA ROSAURA. -¡Ah! Blau, sois demasiado sutil.

MONSIEUR. -Y vos demasiado hermosa.

DOÑA ROSAURA. -Ahora bien, no puedo gozar más de vuestra conversación.

MONSIEUR. -Sería indiscreto si pretendiese vuestro disgusto, mirad que os adoro, y habéis de ser mía.

DOÑA ROSAURA. -Lo agradezco (yo me verá bien en ello.)

MONSIEUR. -A Dios reina mía, gobernadora de mi corazón, de mis pensamientos, sentidos, y potencias, que belleza que gracia, que dulzura, que aspecto. Lástima, que no haya nacido en París. (Vase.)

DOÑA ROSAURA. -Con que si hubiera nacido en París, valdría más; que simpleza, yo he nacido donde se sabe tomar lo bueno de las naciones, y desechar lo malo, este joven no me disgustaría sino suele tan afectado, temo que sus palabras y expresiones sean todas estudiadas y no producidas de un natural afecto, no obstante de la afectación de éste, lo extraño del inglés, y lo celoso del italiano y de los que suelen demostrando su pasión compondré un examen viendo como viuda sutil el que más me acomoda.

Acto segundo

Cuartos de ROSAURA. Salen DON ALBERTO y ROSAURA.

DOÑA ROSAURA. -Parece que mi padre ya se ha olvidado de mí; nunca viene a verme.

DON ALBERTO. -Hija mía, ya sabes mis afanes, y cuanto en el día es menester trabajar para vivir.

DOÑA ROSAURA. -Pero usted los pasará porque quiera cuando sabe que mientras yo viva, y tenga, no le puede faltar nada.

DON ALBERTO Ya lo sé hija, pero no quiero darte más carga de la que tienes en mantener a tu hermana.

DOÑA ROSAURA. -Padre, no sería malo buscarla un partido para que se casara; ya es tiempo.

DON ALBERTO No dices mal, don Pantaleón parece que se le inclina.

DOÑA ROSAURA. -¡O! Quite usted; ¡un viejo, y tan viejo!

DON ALBERTO Pues tú no te casaste con ningún mozo.

DOÑA ROSAURA. -Pues por esta misma razón os aconsejo que no hagáis tal, se sufren mil impertinencias y faltas de gusto.

DON ALBERTO Ya ya comprendo, y tú ¿en qué estado te hallas? ¿te volverías a casar?

DOÑA ROSAURA. -¿Por qué no? si hallase una buena ocasión no la despreciara.

DON ALBERTO Pues mira, ahí afuera me está esperando un caballero portugués, que según me ha dicho se inclina.

DOÑA ROSAURA. -¿Cómo se llama?

DON ALBERTO Don Álvaro de Gama.

DOÑA ROSAURA. -Ya lo conozco, ayer noche estuvo en el baile.

DON ALBERTO Él me ha hablado para que te lo haga presente, sé que es un caballero rico, honesto, y en fin de todas circunstancias, puedes recibirle, y ver lo que te acomoda.

DOÑA ROSAURA. -Cuando usted melo presenta ¿cómo podré excusarme a recibirle?

DON ALBERTO Mira hija, me alegrará tomarás estado; porque moza viuda, y no mal parecida no es bueno que ande como tú andas en bailes y diversiones, sin que tenga quién sostenga. (Va.)

DOÑA ROSAURA. -Su pedacito de sermón no podía faltar, estilo de la senectud; ayer fue día de mi estrella pues todos se enamoraron de mí, pero aquí parece entra el dicho portugués, viene andando con pasos geométricos, usada fantástica gravedad de su nación. (Sale DON ÁLVARO con mucha gravedad y en todo sus reverencias.)

DON ÁLVARO. -Me rindo, humillo e postro a los pies de mi señora Rosaura.

DOÑA ROSAURA. -Y yo al señor don Álvaro de Gama ilustre caballero.

DON ÁLVARO. -Vuestro padre me ha obligado a que yo venga a molestaros con esta visita, y no que querido dejar de complacerle.

DOÑA ROSAURA. -Lo habrá hecho para que yo tenga el esclarecido honor de lograr el rato de tan ilustre conversación.

DON ÁLVARO. -Reconociendo en vos el superlativo mérito vuestro, conozco bien recompensada cualquiera fatiga que por vos padezca.

DOÑA ROSAURA. -Dignaos tomar asiento.

DON ÁLVARO. -(Mas bela es de día que de noite.)

DOÑA ROSAURA. -(Me tiene embrollada; quiera Dios que sepa seguir su estilo.)

DON ÁLVARO. -Tomáis un polvo.

DOÑA ROSAURA. -Es verdaderamente exquisito.

DON ÁLVARO. -Ayer me le envió miña madre, señora la duquesa.

DOÑA ROSAURA. -Es cosa preciosa, no lo he tomado mejor.

DON ÁLVARO. -Aquí está para serviros.

DOÑA ROSAURA. -Si gustáis, echadme un poco en esta caja.

DON ÁLVARO. -Servios de la mía.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿os habéis de quedar sin ella?

DON ÁLVARO. -Dadme la vuestra, cambiemos.

DOÑA ROSAURA. -Pero la mía es ordinaria, la vuestra es de oro.

DON ÁLVARO. -¿Qué oiro, qué oiro, quién hace caso de él? nosotros portugueses le estimamos como a la basura, más estimo un poco de tabaco bueno que cien cajas de oiro.

DOÑA ROSAURA. -Señor don Álvaro, ¿qué os parece la Italia?

DON ÁLVARO. -Buena, pero no veo respiraré aquel aire majestuoso que respira en los cuatro ángulos de Portugal.

DOÑA ROSAURA. -Y las italianas ¿qué tal?

DON ÁLVARO. -No conozco su beleza.

DOÑA ROSAURA. -¿Por qué?

DON ÁLVARO. -Porque se envilecen demasiado, y nos hacen sostener bastantemente suo decoro y mérito.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué las queréis soberbias?

DON ÁLVARO. -Naón; pero más graves, y menos populares.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué queréis?, nuestra costumbre es así.

DON ÁLVARO. -Poco a poco, no hablo de vos; no parecéis italiana, a pasada noite me sorprendisteis, vi salir de vuestro ollos unos brillantes rayos llenos de luminosa majestad que llenaron mi corazón del mayor decoro, reverencia e maravilla.

DOÑA ROSAURA. -Yo os doy las gracias de vuestro favor, pero creo que en esas prerrogativas os engañasteis.

DON ÁLVARO. -Un portugués no es capaz de engañarse, nosotros tenemos el verdadero conocimiento del mérito.

DOÑA ROSAURA. -Conozco lo mismo, pero a veces la pasión...

DON ÁLVARO. -No, no es posible; nosotros no podemos tener ciega pasión, primero de arder la llama de nuestro majestuosos amor queremos conocer bien el objeto, no, no es la belleza en nosotros la que nos arrastra, es carácter.

DOÑA ROSAURA. -Pues ¿de qué os enamoráis?

DON ÁLVARO. -De la gravedad de la prosopopeya.

DOÑA ROSAURA. -(Genio particular de esta nación.)

DON ÁLVARO. -No quisiera ser molesto, ¿qué hora será?

DOÑA ROSAURA. -Cerca de medio día.

DON ÁLVARO. -Veamos miño infalible.

DOÑA ROSAURA. -En Portugal dicen que hacen buenos relojes.

DON ÁLVARO. -Disparate; en Lisboa pocos traballan.

DOÑA ROSAURA. -Pues ¿de qué vive la gente común?

DON ÁLVARO. -Naon hay gente común en Portugal.

DOÑA ROSAURA. -¿Éste es original? (Va a guardar el reloj, y se le cae; le da un puntapié, y dice.)

DON ÁLVARO. -Vete au diablo.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué hacéis? ¿a un reloj tan perfecto?

DON ÁLVARO. -Lo que ha tocado meos pes no es digno de tocar mis maos.

DOÑA ROSAURA. -Eso es justo.

DON ÁLVARO. -Pero en media hora que estoy aquí no me habéis pedido nada.

DOÑA ROSAURA. -No sé que suplicaros más que vuestra gracia.

DON ÁLVARO. -La gracia de un fidalgo portugueis no se logra así fácilmente, sois bella, sois majestuosa, me gustáis, os amo; pero para obligarme a ser vuestro os faltan muitas circunstancias.

DOÑA ROSAURA. -¿Y no sabré cuáles son?

DON ÁLVARO. -Saber en qué grado conocéis a nobleza.

DOÑA ROSAURA. -En el mayor esa es mi numen.

DON ÁLVARO. -Si sabéis distinguir de la infinidad a la altura despreciando lo común.

DOÑA ROSAURA. -Eso aborrezco.

DON ÁLVARO. -Saber si sabéis preferir la calidad de la sangre a la mayor belleza.

DOÑA ROSAURA. -De eso me precio.

DON ÁLVARO. -Pues si todo eso sabéis sois digna de mi favor. (Se levanta.)

DOÑA ROSAURA. -¿Queréis dejarme tan presto?

DON ÁLVARO. -Naon quiero exponer más mi decoiro; empezaría a debilitarme apasionado.

DOÑA ROSAURA. -(Quiero seguir su carácter) (se pone grave.) no esperéis de mi sino desdenes.

DON ÁLVARO. -Eso es lo perfecto.

DOÑA ROSAURA. -Os dejaré penar hasta lo sumo, antes de demostraros afecto.

DON ÁLVARO. -Lo sufriré con el mayor gozo.

DOÑA ROSAURA. -Durará eternamente esta imperiosa gravedad.

DON ÁLVARO. -Ésta si que es delicia, morir por una dama que sabe sostener el grado superabundante del decoro.

DOÑA ROSAURA. -Ea idos.

DON ÁLVARO. -Me precisa obedeceros.

DOÑA ROSAURA. -No me miréis.

DON ÁLVARO. -¡Qué encanto es éste! ¡qué severidad prodigiosa! logro el mayor deseo del mundo en padecer rigores de tal objeto. (Mira, y con un suspiro y gravedad se va.)

DOÑA ROSAURA. -Yo reventada, extraños genios, ya estoy amada de cuatros amantes; cada uno tiene su mérito y su extravagancia; el italiano es fiel pero muy celoso; el inglés sincero pero inconstante; el francés galante, alegre, espitoso pero muy afectado; y el portugués amoroso pero fantástico; veo que si me he de casar a de ser uno de éstos, pero no quiero resolver hasta que mayores experiencias me aseguren cuál me es más conveniente. (Vase.) (Cuarto de la posada; y sale MONSIEUR LE BLAU y FRANCISQUÍN.)

MONSIEUR. -Francisquín, tú eres un hombre de espíritu, es lástima que pierdas tu fortuna así en una posada teniendo habilidad.

FRANCISQUÍN. -Mire Vm. Está fundada mi habilidad en saber comer, ésta en las posadas se ejercita muy bien.

MONSIEUR. -No amigo, yo veo esa en tu talento, en tu presencia, en tu vivacidad que eres a propósito para llevar recados amorosos.

FRANCISQUÍN. -Vea Vm. que esa es una astrología muy errada, porque yo nunca he sido tan rufián.

MONSIEUR. -Esto me desespera, en italiano todos los términos se cambian, ¿qué es esto de rufián o alcahuete? un embajador de paz, un intérprete de dos corazones amantes, un Araldo de felicidades y contento debe ser estimado hasta lo sumo.

FRANCISQUÍN. -Embajador de paz, Araldo de volantades, y zurcidor de cariños aquí en buen término se llama rufián, o rufianismo.

MONSIEUR. -Ahora bien; tú eres tonto, y no sabes distinguir, yo quiero poner en luminosa perspectiva tu persona, ¿conoces a doña Rosaura la viuda?

FRANCISQUÍN. -Sí señor, la conozco.

MONSIEUR. -¿Tendrás valor de llevarla en mi nombre una preciosísima e inestimable joya?

FRANCISQUÍN. -Sí señor; pero ya sabe usted que cualquiera trabajo busca la recompensa.

MONSIEUR. -Haz la comisión como se debe, que tendrás tu debida paga.

FRANCISQUÍN. -Dígame Vm. ¿ha estado usted jamás en Inglaterra?

MONSIEUR. -No.

FRANCISQUÍN. -Es que allá parece que es estilo pagar antes.

MONSIEUR. -Por eso es mal hecho; la merced debe seguir al mérito, obra bien y no temas.

FRANCISQUÍN. -Así dijo un médico a un enfermo: obra bien, que luego se pasará la enfermedad.

MONSIEUR. -Mira que no has de decir que eres mozo de la posada, que no es conveniente.

FRANCISQUÍN. -Y ¿quién diré que soy?

MONSIEUR. -Debes pasar por mi ayuda de cámara, ya sabes que le despedí ayer.

FRANCISQUÍN. -Pero para eso era menester ir vestido decentemente.

MONSIEUR. -Dices bien, ven a mi cuarto te vestiré a la francesa.

FRANCISQUÍN. -Bueno; que así me volveré monsieur.

MONSIEUR. -Deberás presentarte de una manera propia; derecho, suelto, espirituoso, pronto, sombrero en la mano, cortesías respetuosas y sin número. (FRANCISQUÍN las hace mal.)

FRANCISQUÍN. -Ya me canso.

MONSIEUR. -Toma la joya que la has de presentar, este es mi retrato, y estoy cierto que apreciara la delicadeza de la imagen más que todos los tesoros del mundo.

FRANCISQUÍN. -Es verdad; ¡qué figura estrafalaria!

MONSIEUR. -Atiende, la has de hacer un cumplido de mi parte sin discrepar una voz, porque cada una tiene un misterio.

FRANCISQUÍN. -No dude Vm. que yo lo diré bien.

MONSIEUR. -La dirás: madama, el que aspira a haceros entero don amable y humilde original on envía anticipadamente el retrato, colocadlo en el amoroso depósito en tanto que la fuerte le conceda el honor de...

FRANCISQUÍN. -Basta, basta... ya no me acuerdo ni del principio.

MONSIEUR. -Ya veo que tú tienes poca memoria; ¿sabes leer?

FRANCISQUÍN. -Alguna vez.

MONSIEUR. -Ven a mi cuarto que te lo escribiré en un papel, y lo leerás tanto hasta que se te quede en la memoria.

FRANCISQUÍN. -¡Oh! pues si hasta que yo lo sepa no he de dar el recado, pasarán años.

MONSIEUR. -Mira Francisquín, haz por abreviar, estoy impaciente por la respuesta que madama me debe enviar, mira bien de conversar con delicadeza esa preciosa imagen, joya imponderable, joya que ha hecho suspirar a las superiores princesas del universo.

FRANCISQUÍN. -Pues maldita sea ella y su original. (Vanse.) (Sale el CONDE, y FOLETO volante.)

CONDE. -Rosaura quedó enfadada de mis celosas pasiones, sospechas conviene palacarla, espero con este billete facilitarme su desenojo. Foletto.

FOLETO. -Ilustrísimo.

CONDE. -¿Sabes dónde vive Doña Rosaura?

FOLETO. -Ilustrísimo, sí.

CONDE. -Pues ves, y llévala este papel.

FOLETO. -Ilustrísimo, será servido.

CONDE. -Hate de dar la respuesta.

FOLETO. -Bien está, ilustrísimo.

CONDE. -Al mismo tiempo mira si hay alguno en su casa.

FOLETO. -Ilustrísimo señor, así lo haré.

CONDE. -Mira que hagas la diligencia con cuidado.

FOLETO. -No tenga V.S. ilustrísima temor, que yo sé bien mi obligación. (Vase.)

CONDE. -Es menester confesar que nuestros criados italianos están llenos de política; aunque a veces con tanto ilustrísimos nos están haciendo burla; más no importa; la adulación es un manjar que a todos gusta. (Vase.) (Sale DON PANTALEÓN.)

DON PANTALEÓN ¿Si estará en casa este señor inglés que fue ayer a mi tienda, y me compró este juego de diamantes? ¿no hay nadie en esta sala? Deo gracias. (Sale BIRIF del cuarto de su amo sin hablar.)

Dios guarde a usted, me sabrá usted decir si ha salido un caballero inglés... que no... pues diga usted que aquí le buscan... que me espere, bien... por Dios que parece mudo. (Entra BIRIF en el cuarto de su amo, y sale MILOR del mismo.)

MILOR. -¿Quién me busca?

DON PANTALEÓN Señor, yo traía el juego de brillantes.

MILOR. -Bien.

DON PANTALEÓN Quisiera que se viera si está bien.

MILOR. -Basta.

DON PANTALEÓN Es que tales alhajas...

MILOR. -Estoy satisfecho, Birif.

DON PANTALEÓN Qué pocas palabras gastan amo y criado. (Vase.)

MILOR. -Birif. (Sale BIRIF sin hablar.)

MILOR. -Toma este juego de diamantes, llévalos a madama Rosaura.

BIRIF. -Está bien.

MILOR. -Dila que te envió a ti por no poder ir yo.

BIRIF. -Sí señor.

MILOR. -Tráeme la respuesta.

BIRIF. -Bien. (Vase.)

MILOR. -Mil pesos valen, ¡ah! poco es, más merece, no hay duda. (Vase.) (Sale FRANCISQUÍN vestido ridículamente a la francesa con un papel.)

FRANCISQUÍN. -A lo menos ya que no pueda dar el recado estoy vestido a la moda, voy a leerle para aprenderle (Abre el papel, ve venir a don ÁLVARO, y lo guarda.) (Sale DON ÁLVARO.)

DON ÁLVARO. -A buen home.

FRANCISQUÍN. -(Da una vuelta mira a todas partes, y dice) ¿Con quién habláis?

DON ÁLVARO. -Con vos.

FRANCISQUÍN. -Agradezco la buena opinión.

DON ÁLVARO. -¿Conoces a doña Rosaura?

FRANCISQUÍN. -Sí señor; demonio de mujer; todos tras ella.

DON ÁLVARO. -Pues queiro que tengas el honore de presentarla un riquísimo tesoiro.

FRANCISQUÍN. -¡Un tesoro! ay, que no es nada está bien; pero ya sabe Vmd. que to da fatiga necesita premio.

DON ÁLVARO. -Toma lleva este pliego, y serás largamente remunerado.

FRANCISQUÍN. -¿Y es este el tesoro?

DON ÁLVARO. -Sí este es el tesoiro inestimable.

FRANCISQUÍN. -Y aunque sea curiosidad ¿qué es?

DON ÁLVARO. -Este es el prodigioso, magno, excelente, superlativo, árbol genealógico de miña casa.

FRANCISQUÍN. - Este es un tesoro compañero de la joya del otro.

DON ÁLVARO. Se le darás a doña Rosaura, y la dirás así: gran dama, miraos en los gloriosos innumerables ascendientes de don Álvaro de Gama vuestro esposo, y consolaos de la fin igual potente prerrogativa de tener el honor de pasar por una de las heroínas fidalgas portuguesas.

FRANCISQUÍN. -Mire Vm. lo que toca al precioso tesoro le llevaré; pero todo ese recado es imposible que sepa decirlo; escribamele usted.

DON ÁLVARO. -Bien pensado, ven ami cuarto, y si me traes una justa respuesta verás que excesiva recompensa. (Vase.)

FRANCISQUÍN. - Hoy es día de mi fortuna, sin duda si salgo bien de estas dos embajadas me hago rico. (Vase.) (Salen en el cuarto de Rosaura ELEONORA, y MARIONETA.)

MARIONETA. -¿Por qué lloráis? ¿vamos qué es eso?

ELEONORA. -Qué ha de ser; que mi padre está empeñado en que me case con el viejo don Pantaleón, y yo no quiero, un mocito, un mocito.

MARIONETA. -La niña es tonta, si sabéis que vuestra hermana y mi ama ha dicho que todo lo compondrá, ¿de qué sirve afligirse?

ELEONORA. -Es que si deshecho al viejo, y me quedo sin novio es peor.

MARIONETA. -Conque el sentimiento es por querer casar.

ELEONORA. -Marioneta, ya sabes que las mujeres es llegando a cierto tiempo.

MARIONETA. -Basta, basta yo os he de procurar buen novio, un francés.

ELEONORA. -Y ¿será hoy?

MARIONETA. -Pues ahora ahí se hallan como tropezones pero viene vuestra hermana, chito y dejadlo a mi cargo. (Sale ROSAURA.)

DOÑA ROSAURA. -¿Qué es esto?

MARIONETA. -Que aquí Eleonora está sentida de que vuestro padre quiere casarla por fuerza con vuestro cuñado el viejo.

DOÑA ROSAURA. -No te he dicho que no pienses en eso, mi padre hará lo que yo le diga.

ELEONORA. -Pues con esa confianza quedo oyas Marioneta cuidado el novio no se te olvide. (Vase.)

MARIONETA. -Qué cuidado que tiene.

DOÑA ROSAURA. -Mira que llaman. (MARIONETA llega a la puerta abre y vuelve.)

MARIONETA. -Ay, señora el criado de la posada vestido a la francesa que trae un recado de Monsieur Blau.

DOÑA ROSAURA. -El francés redobla los asaltos pero yo primero de entregarme haré buen uso de mi resistencia. (Sale FRANCISQUÍN vestido como antes y entra haciendo cortesías afectadas.)

FRANCISQUÍN. -Madama camarere ke kuit botre servante.

DOÑA ROSAURA. -Bueno, bueno no te fatigues más di ¿qué quieres?

FRANCISQUÍN. -Madama, de parte de mi amo debo presentaros una joya preciosa.

DOÑA ROSAURA. -A mí ¿una joya?

FRANCISQUÍN. -A vos, madama; pero primero debo hacer un cumplido fundamental expresivo, del cual para deciros la verdad, y sin lisonja, no me acuerdo una palabra.

DOÑA ROSAURA. -Pues sino te acuerdas será difícil que yo le entienda.

FRANCISQUÍN. -El ingenio del hombre suple las aventuras del caso, (bellas voces, bellas voces) aquí está todo el expresante cumplido registrado en el cándido depósito de este papel.

DOÑA ROSAURA. -Bravo.

MARIONETA. -Viva.

FRANCISQUÍN. -Este es el venturoso engaste del conceptuoso exodio leedle, que yo por confiaros el silencioso arcano no sé leer, ni escribir.

DOÑA ROSAURA. -Oye Marioneta (Lee) madama, la poca memoria de mi nuevo criado me obliga a acompañarle con estos renglones en prueba de mi cariño: aceptad esa expresión que va acompañada de todo mi corazón.

MARIONETA. -¡Qué bien! escribid a gran Francia para todo.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿cuál es la expresión?

FRANCISQUÍN. -Una joya preciosa, una joya soberana; este retrato. (Se le da.)

DOÑA ROSAURA. -Y ¿es esta la alhaja?

MARIONETA. -¿Y qué os parece poco el retrato de un parisien?

FRANCISQUÍN. -Madama, os ruego la respuesta en la que depende la consolación del amo, y los intereses del criado.

DOÑA ROSAURA. -Espérate que te la voy a dar. (Va a la mesa, y se pone a escribir.)

MARIONETA. -Francisquín, ¿qué numen tutelar te ha enviado tanta dicha?

FRANCISQUÍN. -Mi fortuna, y pues me voy en troncando en el gusto francés, espero también enfrancesarme en tu gracia.

MARIONETA. - Si cultivas ese buen gusto te tendré presente.

DOÑA ROSAURA. -Toma la respuesta, y dásela a tu amo; que no siendo carta no le pongo el sobrescrito.

FRANCISQUÍN. - ¿Será consolatoria?

DOÑA ROSAURA. -Cree que sí.

FRANCISQUÍN. -¿Lograré el premio de mi trabajo?

DOÑA ROSAURA. - Eso depende de la generosidad de quién te envía.

FRANCISQUÍN. -Madama, con todo el corazón.

DOÑA ROSAURA. -A Dios.

FRANCISQUÍN. -Con todo el espíritu. (Idem.)

DOÑA ROSAURA. -Está bien.

FRANCISQUÍN. -Con la vida, con el alma, con el a Diu madam, votre servidor. (Idem vase.)

DOÑA ROSAURA. -Es gracioso.

MARIONETA. -Aquí viene un volante bien ligero.

DOÑA ROSAURA. -Dile que entre.

MARIONETA. -No es menester decírselo, es italiano, y no guarda ceremonia. (Entra FOLETO.)

FOLETO. -Señora, servidor de V. señoría ilustrísima.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué queréis?

FOLETO. -Señora, de parte del conde Bosconero.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué dice tu amo?

FOLETO. -Su ilustrísima me envía con este billete a la colendísima señora doña Rosaura.

DOÑA ROSAURA. -(Lee para sí.)

MARIONETA. -¿Habéis estado en París?

FOLETO. -Yo no, ¿por qué?

MARIONETA. -Porque allá se aprende a servir.

FOLETO. -Lo que se aprende allá lo sé bien.

MARIONETA. -Y ¿qué es?

FOLETO. -Que cuando el amo enamora a la ama, el criado a la criada.

MARIONETA. -Bueno, la sabéis bien.

DOÑA ROSAURA. -Está bien, dirás a tu amo...

FOLETO. -Señora, por amor del cielo que me dé usted respuesta; porque de no...

MARIONETA. -Se pierde el regalo del porte.

FOLETO. -Dice bien, señora, quién es del oficio lo sabe.

DOÑA ROSAURA. -Pues espera. (Pónese a escribir.)

MARIONETA. -Eres demasiado pícaro.

FOLETO. -Eh, voy aprendiendo.

MARIONETA. -Y ¿tenéis muchas queridas?

FOLETO. -Cuatro, y si tu quieres cinco.

MARIONETA. -Anda bribón.

FOLETO. -¿Qué será quién me conoce?

DOÑA ROSAURA. -Toma.

FOLETO. -Gracias ilustrísima, a Dios francesita. (Vase.)

MARIONETA. -Vuestros amantes no os dejan sosegar, y de esa suerte no podéis conocer que os conviene; cuando os halláis importunada a un tiempo de todos.

DOÑA ROSAURA. -¿Quién entra? (Sale BIRIF.)

BIRIF. -Yo.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿quién sois?

BIRIF. -Sirvo a MILOR Runebif.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿qué manda?

BIRIF. -Estos diamantes por mí; porque no puede venir él.

DOÑA ROSAURA. -Observa Marioneta, qué bello aderezo.

MARIONETA. -Otro que el regalo del conde.

DOÑA ROSAURA. -Ni que el Monsieur, dadle las gracias.

BIRIF. -Está bien. (Se quiere ir.)

DOÑA ROSAURA. -Toma. (quiere regalarle.)

BIRIF. -Me maravillo, madama. (No toma y va.)

MARIONETA. -Estos ingleses son muy generosos; porque como en su tierra las mujeres viven sumamente retiradas, en llegando a parte donde encuentran un poco de familiaridad gastan el corazón.

DOÑA ROSAURA. -No vas fuera de camino, ¿pero ese fantasmón que entra quién es?

MARIONETA. -Es Francisquín vestido en otro traje.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué extravagancias y mutaciones son estas? (Sale FRANCISQUÍN de portugués antiguo ridículo, muy grave.)

FRANCISQUÍN. -Guarde el cielo muchos años a mi señora doña Rosaura Balanzoni etc.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿qué quieres tan ridículo?

FRANCISQUÍN. -El invencible, magno, celeberrimo portugués, don Álvaro de Gama mi amo y señor. (Quítase el sombrero.)

DOÑA ROSAURA. -Bien, ¿qué dice?

FRANCISQUÍN. -Os envía por mí un soberano imponderable tesoro.

MARIONETA. -Carambola, ¿un tesoro? le habrá venido de Indias.

DOÑA ROSAURA. -Y ¿qué contiene ese tesoro?

FRANCISQUÍN. -Contiene el lauro mayor, la mayor fama; bajen ustedes la cabeza, y vean el árbol genealógico de mi amo el señor don Álvaro. (Hace una cortesía, abre un árbol genealógico.)

MARIONETA. -Maldito sea su tesoro.

DOÑA ROSAURA. -Pues no se debe despreciar, ¿te ha dicho otra cosa?

FRANCISQUÍN. -Me ha dicho tanto, me ha dicho tanto que yo me hubiera olvidado si aquí no viniera escrito. (La da una carta.)

DOÑA ROSAURA. -(Lee y luego dice) ahora te traigo la respuesta. (Va a la mesa.)

MARIONETA. -Pero dime, qué tonterías son éstas de mudar de trajes como loco?

FRANCISQUÍN. -¿Cómo loco? ¡qué modo de hablar es ese a un excelentísimo criado de un fidalgo portugués respeto y de gravedad?

MARIONETA. -¿Que tú te has vuelto soberbio?

DOÑA ROSAURA. -Aquí está la respuesta.

FRANCISQUÍN. -A Dios señora doña Rosaura.

DOÑA ROSAURA. -Id con Dios.

FRANCISQUÍN. -A Dios Marioneta. (Todo muy grave. Vase.)

MARIONETA. -¿Abandonó el aire parisiense? ya he perdido todo el mérito.

DOÑA ROSAURA. -¿Qué me dices de mis cuatro adoradores?

MARIONETA. -Que es usted afortunada, pero si ha de escogerse, y por mi voluntad fuera, sería el francés, es mucho el garbo, el aire, la marcialidad hasta en el escribir.

DOÑA ROSAURA. -La pasión te arrastra; no obstante no soy tonta, sé para tomar estado lo que debo examinar, y así se debe para elegir un amante abrir un ojo, pero para resolver de un marido se necesitan los dos, y tal vez todo el microscopio de la prudencia. (Vase.)

MARIONETA. -Y después hará lo regular de todas las mujeres; escoger el peor. (Vase.) (Calle: salen MILOR, y el CONDE.)

CONDE. -MILOR, ¿cuanto tiempo ha que no habéis visto a Rosaura?

MILOR. -(Calla y se pasea.)

CONDE. -Verdaderamente es mujer de espíritu, y la quería, pero luego que os he visto apasionado, y declarado por ella he pensado en retirarme; (siempre calla no responde, y no puede descubrir nada) ahora es la hora de hacerla una visita, cuando yo iba no perdía tan preciosos infantes. Pero ¿qué diablos, sois mudo? ¿no habláis? ¿qué temperamento es el vuestro? nunca se os puede saber si estáis alegre o melancólico.

MILOR. -Ni lo sabréis jamás. (Sale BIRIF por el lado del MILOR, y FOLETO por el del CONDE.)

BIRIF. -¿Señor?

FOLETO. -¿Ilustrísima?

MILOR. -¿Hicistéis?

BIRIF. -Sí señor.

MILOR. -¿Agradecido?

BIRIF. -Da gracias.

MILOR. -Pues toma. (Le da un bolsillo.) (Hace cortesía BIRIF, y se va sin hablar.)

CONDE. -(Toma la carta y hace señas a FOLETO que se vaya, él extiende la mano, y el CONDE le da un golpe para que se vaya.)

FOLETO. -Bella Italia, pero maldito servir. (Va.)

CONDE. -Aquel ha traído un papel a MILOR. ¿si será Rosaura? Amigo, me alegro, sois afortunado, los recados y papeles van y vienen, madama Rosaura.

MILOR. -Sois muy tonto. (Vase.)

CONDE. -A mí ¿tonto? vive el cielo que se acordará, voy a leer mi papel... ¿qué miro? soy dichoso, me responde afable, ya no me importan las sequedades del inglés. (Sale DON ÁLVARO paseándose.)

DON ÁLVARO. -Oh Rosaura sabe poco de política, o Francisquín es un patise criado, hacerme esperar tanto tiempo es porquería, y no lo sufriera por un millón de pesos, en viniendo ese malandrín le he dar doscientas pancadas. (Sale FRANCISQUÍN de portugués.)

FRANCISQUÍN. -Caballero.

DON ÁLVARO. -¿Qué hay?

FRANCISQUÍN. -Venturas, glorias, fuertes, doña Rosaura os quiere mucho.

DON ÁLVARO. -Me lo merezco, ¿qué ha dicho de mí estrepitoso árbol genealógico?

FRANCISQUÍN. -Esos venerados caracteres os lo dirán.

DON ÁLVARO. -Corazón, prepárate a dulzuras (Lee.) acepto con sumo gusto el retrato, que me habéis enviado. (¿qué dice del retrato?)

FRANCISQUÍN. -¡Oh! pobre de mí, que cambié los papeles, y le he dado la respuesta del francés. Sutileza, ahora es tiempo.

DON ÁLVARO. -eh, bien responde.

FRANCISQUÍN. -El árbol genealógico es el retrato de vuestra grandeza.

DON ÁLVARO. -Es verdade, ya lo entiendo. (Lee) por la estima que yo hago del original; y esto del original ¿cómo entra?

FRANCISQUÍN. -Toma, diga vuesa merced ¿quién es el primero de vuestra casa?

DON ÁLVARO. -Un rey de Portugal.

FRANCISQUÍN. -Vea usted la picardía de las mujeres, hace estimación de aquel rey, que fue el origen, o sea el original de vuestra casa.

DON ÁLVARO. -Va bien, (lee) el mío no os lo puedo enviar porque no le tengo.

FRANCISQUÍN. -Pues ella no tiene árbol genealógico.

DON ÁLVARO. -Bein (lee.) pero estimo tanto esta joya preciosa.

FRANCISQUÍN. -Esto está claro, joya preciosa árbol de nobleza.

DON ÁLVARO. -Que la quiero hacer un cerco de oro... hombre, ¿un cerco de oiro a aquel grande mapa?

FRANCISQUÍN. -Quiere decir un marco dorado.

DON ÁLVARO. -Bein (lee) y traerle colgado del pecho... hombre, ¿un cuadro tan grande colgado del peito?

FRANCISQUÍN. -Eso es no entender las frases retóricas, poéticas, físicas, demostrativas, (yo no sé lo que me digo) lo traerá siempre en el corazón, o pecho que viene a ser lo mismo.

DON ÁLVARO. -Ahora lo entiendo, a Dios.

FRANCISQUÍN. -Pero señor caballero.

DON ÁLVARO. -¡Qué quieres!

FRANCISQUÍN. -¡Cómo está usted de memoria!

DON ÁLVARO. -¡Qué insolente pregunta!

FRANCISQUÍN. -Los caballeros mantienen su palabra.

DON ÁLVARO. -Es verdade, no me acordaba, me ha servido Ben, debo recompensarte; tu levaste el tesoiro a doña Rosaura, y aquí tienes otro pequeño para ti.

FRANCISQUÍN. -Pero señor, ¿qué es esto?

DON ÁLVARO. -¿Qué ha de ser? el mayor interese de mundo, tu mayor fortuna, una patente de criado miño. (Vase.)

FRANCISQUÍN. -Ah malditísima peluca de estopa, así se burlan los fidalgos de un pobre infeliz. Pero aquí viene el francés, éste pagará por los dos, viene entre sí hablando; veamos de qué humor. (Sale MONSIEUR LE BLAU con un espejito mirándose.)

MONSIEUR. -No, este peinado no está bien, este rizo está dos líneas más diametralmente opuesto a estotros, es menester que despida a mi peluquero, y haga venir uno de París, no saben aquí peinar, ni calzar tampoco, siempre los zapatos largos, no saben que no está bien hecho el zapato que no estropea los pies. ¡Ah! gran París para todo. (Llega FRANCISQUÍN con muchas reverencias.)

MONSIEUR. -Bravo, bravo, te portaste bien, ¿has visto a madama?

FRANCISQUÍN. -Sí señor; ojalá no la hubiera visto.

MONSIEUR. -¿Por qué?

FRANCISQUÍN. -Qué belleza, qué agrado, qué boca. ¡Oh! qué pasmo.

MONSIEUR. -Este parece criado francés, pues todos tienen la misma falta enamorarse como sus amos; ¿le presentaste el retrato?

FRANCISQUÍN. -Sí señor, y luego se lo apretó al pecho.

MONSIEUR. -Calla, calla, que me muero de gusto, y ternura amorosa.

FRANCISQUÍN. -No se hartaba de mirarle y besarle.

MONSIEUR. -¡Ah! divina Rosaura; la hicisteis ¿mi cumplido?

FRANCISQUÍN. -Sí señor, ella, ¡ah! ¡cielo!

MONSIEUR. -¿Qué hizo, qué hizo?

FRANCISQUÍN. -Leyendo las amorosas palabras se desmayó.

MONSIEUR. -¡Ah! Francisquín, tú me beatificas, tú me elevas al trono de mi mayor felicidad. Pero dime ¿te dio respuesta?

FRANCISQUÍN. -Me la dio, ¡pero ah!

MONSIEUR. -¿Qué ha?

FRANCISQUÍN. -La he perdido.

MONSIEUR. -¡Ah! indigno, alevé, infame, pícaro ¿perder una joya preciosa? Te tengo de atravesar el pecho. (Saca la espada, y va tras él.)

FRANCISQUÍN. -Ya la encontré, ya la encontré, (antes que morir, vaya de enredo) aquí está.

MONSIEUR. -¡Ah! querido hijo mío, refrigerio de mis penas, heraldo de mis contentos, consuelo mío. (Le abraza.)

FRANCISQUÍN. -Ahora me abraza, y antes me quería espanzurrar.

MONSIEUR. -¡Ah! papel amoroso que sirves de bálsamo a mis plagas, en el abrirte me siento consolar todo el corazón, leamos, (lee) admiro sumamente el magnífico árbol genealógico de vuestra casa... ¿hombre el árbol de mi casa?

FRANCISQUÍN. -Sí señor, (embrollo adelante) ¿no lo entiende usted?

MONSIEUR. -Yo no.

FRANCISQUÍN. -Yo os explicaré, ¿usted no es el único de su casa?

MONSIEUR. -Sí.

FRANCISQUÍN. -¿No quiere usted casarse?

MONSIEUR. -Sí.

FRANCISQUÍN. -¿El matrimonio no da fruto?

MONSIEUR. -Y el más precioso.

FRANCISQUÍN. -Los que dan fruto ¿no se llaman árboles?

MONSIEUR. -Es verdad.

FRANCISQUÍN. -Pues eso quiere decir que sois el árbol de vuestra casa.

MONSIEUR. -Y madama Rosaura ¿es tan sutil?

FRANCISQUÍN. -Y mucho más.

MONSIEUR. -Que madama de espíritu, (lee) he visto que venís de príncipes y monarcas, y esto ¿a qué viene?

FRANCISQUÍN. -Yo creía que era usted más hábil, mirando su retrato de usted y viendo su grande idea, majestad y noble facha os creen descendiente de emperadores.

MONSIEUR. -Diego que eres muy directo (le besa) sigo. Si llegase a tener el honor de ser colocado entre tantas heroínas... ¿y a qué viene esto de heroínas?

FRANCISQUÍN. -Aquellas que os aman.

MONSIEUR. -Eso sí, que son muchas, (lee) será también ennoblecido el árbol de mi casa; ¿y en esto qué dice?

FRANCISQUÍN. -Está claro; que entonces siendo ella noble será ennoblecido el viejo de su padre, que es el árbol de su casa.

MONSIEUR. -Viva Francisquín, mereces una recompensa sin medida.

FRANCISQUÍN. -Gracias a Dios.

MONSIEUR. -Estoy pensando, qué te he dar por tu mérito.

FRANCISQUÍN. -Un inglés por otro recado semejante me dio un bolsillo de dinero.

MONSIEUR. -¿Un bolsillo? es poco, no habrás hecho tanto como por mí, mereces un premio crecido, una recompensa extraordinaria, toma un pedazo de esta carta, que es la joya más preciosa de este mundo. (Le da un pedazo de la carta, y se va, queda suspenso, y sale MARIONETA.)

MARIONETA. -A Dios monsieur Francisquín, ¿qué hacéis?

FRANCISQUÍN. -Estaba pensando en la generosidad de un paisano vuestro.

MARIONETA. -¿De Monsieur Blau?

FRANCISQUÍN. -Sí, del mismo.

MARIONETA. -¿Os ha regalado?

FRANCISQUÍN. -Y cómo.

MARIONETA. -Ya sabes lo que me debes, y pues tu deseas tomar el estilo de nuestra nación, cuando el criado pillá un buen regalo da su parte a la criada; porque no ignoras que nosotras somos las que hacemos admisibles, o no, las embajadas amorosas.

FRANCISQUÍN. -Ya veo, ya veo, que dices bien.

MARIONETA. -Cien escudos no pagarían mis buenos oficios.

FRANCISQUÍN. -¿Cien escudos? mereces un premio más crecido, una recompensa extraordinaria, un tesoro; toma un pedazo de este papel amoroso, que es la cosa más preciosa de este mundo. (Le da un pedazo de papel, y se va.)

MARIONETA. -¿Se puede ver tal canalla? me la pagará italianacho, ruin, pícaro, velitre, no sabe con quien trata, ¿pero cómo ha de saber de política un hombre que no ha estado en París?

Acto tercero

Calle, y salen don ALBERTO por un lado, y MONSIEUR LE BLAU por otro, cada uno leyendo su billete.

MONSIEUR. -¿Yo ser el árbol de mi casa? esto no lo puedo entender.

DON ALBERTO. -¿Ser miño retrato o mismo que mi árbol genealógico? me parece que es un gran disparate.

MONSIEUR. -Mi original de príncipes, y monarcas sería una ridícula aprensión.

DON ALBERTO. -Un cuadro pindorado do peito naon poso creer.

MONSIEUR. -Francisquín es un bestia, ni entiende palabra.

DON ALBERTO. -Oh criado ignora muito theorica especulativa de escribir, y más a sujetos de miño carácter. (Sale FRANCISQUÍN por en medio, ve a los dos que están leyendo y dice.)

FRANCISQUÍN. -Con su permiso. (Cruza las manos, y cambia los dos papeles a los dos; apenas lo hace escapa corriendo.)

MONSIEUR. -Quien, veamos, (lee) estimo mucho el retrato, que os habéis dignado enviarme por la estimación en que tengo el original, esto si que es a mí. (Aparte.)

DON ALBERTO. -(lee.) Me maravilla sumamente el magnífico árbol genealógico de vuestra casa, esta es, o que catagoricamente toca a miña carta.

MONSIEUR. -(lee) el mío no puedo enviarle porque no tengo... paciencia.

DON ALBERTO. -(lee) He visto que descendéis de príncipes, y monarcas, buena fe habrá quedado al ver mi ilustre nacimiento.

MONSIEUR. -(lee) Tanto estimo esta joya preciosa que la quiero hacer engarzar en un cerco de oro, y traerla siempre al cuello, ¡oh! expresiones adorables, ¡oh! papel, ¡qué me haces felicísimo! (Le besa.)

DON ALBERTO. -(lee) Sí tendré el honor de ser admitida entre tantas heroínas, será ennoblecido también al árbol de mi casa, sabe ella que gloria, ¿qué fortuna consiguiera?

MONSIEUR. -El mozo hizo mal el encargo.

DON ALBERTO. -¡Oh! patite falsifico, a carta eu tirarei a patente de mi criado.

MONSIEUR. -Apostaría que le cambió con alguna de don Álvaro.

DON ALBERTO. -Sin duda o trocaría con algún dò francè.

MONSIEUR. -Amigo, ¿vos habéis enviado algún árbol genealógico a madama Rosaura?

DON ALBERTO. -Decidme primero si vos la habéis enviado vuestro retrato.

MONSIEUR. -Yo no lo niego.

DON ALBERTO. -E yo confieso.

MONSIEUR. -Pues siendo así somos enemigos.

DON ALBERTO. -Quién lo duda.

MONSIEUR. -La gracia de esa madama no la ha de conseguir nadie, sino mi juvenil galantería.

DON ALBERTO. -Ni don Álvaro de Gama celeberrimo fidalgo portugués ha sufrido le tirasen o que ama.

MONSIEUR. -Pues yo no la cedo.

DON ALBERTO. -Os la hará ceder miña folla.

MONSIEUR. -Hombre, ¿y quieres morir por una mujer?

DON ALBERTO. -Resolvéis o renunciar el empeño, o ¿combate conmigo?

MONSIEUR. -No me niego al desafío.

DON ALBERTO. -Poes vamos a un sitio oportuno.

MONSIEUR. -Donde queráis, ya os sigo.

DON ALBERTO. -Mucho sento manchar la mía folla contra quien non es mi igual.
(Va.)

MONSIEUR. -Viva el amor, viva la belleza de doña Rosaura, voy a triunfar seguro de la victoria. (Al tiempo que va a irse sale MARIONETA de su casa.)

MARIONETA. -¿Monsieur Blau?

MONSIEUR. -Qué hay Marioneta.

MARIONETA. -Si queréis ver a doña Eleonora como me habéis encargado, ahora es la ocasión.

MONSIEUR. -¡Ah! si tuviera tal fortuna sería dichoso.

MARIONETA. -Pues ahora saldrá a esa ventana. (Va.)

MONSIEUR. -La esperaré con impaciencia, pero el portugués me espera al duelo... y que ¿deberé dejar de ver una suma belleza por irme a matar como un loco? ¡Ah! la escuela moderna no enseña semejantes simplezas. (Sale a la ventana ELEONORA.)

MONSIEUR. -Pero aquí está el nuevo sol que sale del oriente por su balcón, es peregrina en belleza... tanto como Rosaura merece el propio cariño... ¡Ah! madama, no os excuséis en admitir las adoraciones que os consagra un fidelísimo amante.

ELEONORA. -Señor mío, no os conozco.

MONSIEUR. -Soy ejemplo de constancia, y en amaros el más firme.

ELEONORA. -¿De cuándo acá?

MONSIEUR. -Desde el momento que os vi, qué ha sido ahora.

ELEONORA. -Y así tan presto ¿os enamoráis?

MONSIEUR. -El amor es fuego; arde el infante.

ELEONORA. -Pues no os creo nada.

MONSIEUR. -Si no me creéis me veréis morir ahora mismo debajo de vuestro balcón.

ELEONORA. -Esas expresiones son ficciones.

MONSIEUR. -Qué ficciones; vos os burláis de mi afecto vedme llorar amargamente por vos. (Finge que llora.)

ELEONORA. -¿Conque sabéis llorar también? bueno.

MONSIEUR. -¿Es posible que del fuego de mis encendidos suspiros no llegue a esa altura su ardor, para derretir el hielo de vuestra crueldad?

ELEONORA. -No, no han llegado todavía.

MONSIEUR. -Pues permitidme que yo vaya a esa estancia donde estáis, y os demuestre demás cerca la verdad de suspiros.

ELEONORA. -Mi padre viene, retirome porque no me vea. (Cierra y vase.)

MONSIEUR. -¡Ah! ¡Cielo! ¡Así me dejáis sin decirme a Dios! a Eleonora cruel, tirana, ingrata, bárbara.

DON ALBERTO. -Caballero, con quien la tenéis.

MONSIEUR. -¡Ah! Señor mío, usted cuya edad le asegura la prudencia, esta bárbara muchacha de Eleonora, sorda a mis voces, ingrata a mis lágrimas, no quiere corresponderme, y me niega piedad.

DON ALBERTO. -Conque según eso usted ¿está enamorado de esa muchacha?

MONSIEUR. -Sí señor.

DON ALBERTO. -Y ¿cuánto tiempo hace?

MONSIEUR. -Pocos momentos, ahora mismo.

DON ALBERTO. -Pues es mucha vuestra pasión para tan poco tiempo.

MONSIEUR. -¡Oh! amigo, nosotros los parisienses tenemos el espíritu pronto, el corazón muy tierno, una mirada sola de una dama es capaz de hacernos caer muertos.

DON ALBERTO. -Y ¿dura mucho esa fogosidad de cariño?

MONSIEUR. -Hasta que lo manda amor, que es el árbitro soberano de nuestros afectos.

DON ALBERTO. -Con que si amor os mandase que mañana no améis más, le obedecéis.

MONSIEUR. -Sin duda.

DON ALBERTO. -Pues mire usted, haga usted cuenta que amor se lo manda, y olvide a Eleonora.

MONSIEUR. -Y ¿por qué?

DON ALBERTO. -Porque yo no quiero que Eleonora quiera a un veleidoso afecto.

MONSIEUR. -Pero usted ¿qué parte tiene en los afectos de esa madamoisella?

DON ALBERTO. -No es cosa, soy su padre.

MONSIEUR. -¿Su padre? ¡ah! monsieur, ¡ah! carísimo paterno tronco, suegro mio venerado, hágame usted el gusto de no impedirme que yo ame a sis hijas. (Le besa y le abraza.)

MONSIEUR. -¿A todas dos?

MONSIEUR. -Sí carísimo progenitor, todas dos son amables, y un nacional parisién como yo tiene llamas bastantes para adorar no digo a dos, pero a ciento. Vaya, haz que abran, y veréis el fuego de mi afecto.

DON ALBERTO. -Ésta no es mi casa; más no obstante haré abrir.

MONSIEUR. -Viva, viva la virtud, y viva el padre feliz de tan peregrinas bellezas.

DON ALBERTO. -(Llama le abren y dice) ¿dónde vais?

MONSIEUR. -Arriba, sírvame usted de introductor.

DON ALBERTO. -Amigo, en esta tierra los padres no son introductores de los amantes tan boltarios. (Entra, cierra; y se queda BLAU.)

MONSIEUR. -A Monsieur, a Monsieur; me ha muerto, pero si el padre ha cerrado la puerta, puede ser que no siempre la tengan cerradas las hijas. (Vase.) (Calle con tienda de café al foro, y está el MILOR sentado, y el CONDE en el café, y varios MOZOS de éste andando por dentro de él.)

CONDE. -Café; (traen el café para los dos en mesa separada.)

no, no deis el café a MILOR, que mejor le sabe el chocolate en casa de madamas. (Le mira MILOR, hace un extremo y bebe el café.)

CONDE. -Pero amigo; del chocolate que os gusta beberéis muy poco, MILOR.

MILOR. -(Hace lo mismo.)

CONDE. -Hombre, con ese responder parecéis criado entre bestias.

MILOR. -(Le mira enfadado.)

CONDE. -La señora Rosaura habrá conocido vuestro selvático temperamento. (Se levanta MILOR, y sale a la calle.)

CONDE. -Sí; hacéis bien de tomar el aire.

MILOR. -Monsieur, venid fuera.

CONDE. -¿Qué queréis?

MILOR. -Si sois caballero, sacad la espada.

CONDE. -Estoy pronto.

MILOR. -Aprender hablar, poco, y bien.

CONDE. -No necesito aprender de vos. ¿Cómo queréis el duelo? (Sacan la espada.)

MILOR. -A la primer sangre.

CONDE. -Estoy pronto. (Los MOZOS quieren separarlos.)

MILOR. -No os mováis, o os cortaré la cara. (Riñen.)

CONDE. -Estoy herido.

MILOR. -Estoy satisfecho. (Envaina.)

CONDE. -Voy a curarme. (Vase.)

MILOR. -Si me ofendiese más no será la herida tan ligera; este motejar italiano no me gusta, los hombres bien nacidos deben saber respetar a los forasteros, y no hacer que la sobrada confianza toque en desprecio. (Vuelve al café, y sale ROSAURA vestida a la inglesa con máscara.)

DOÑA ROSAURA. -Ea sutil ingeniosa maña, pues me hallo por mi decoro precisada a la resolución de entregarme al dominio de un esposo, sean mis ardides los que me afiancen un vivir gustoso, averiguado cual es mi verdadero amante; y vestida de máscara pues es carnaval examinaré lo que deseo.

MILOR. -Pero ¡qué miro! ¿no es una máscara inglesa la que se acerca? sí; ¿queréis café?

DOÑA ROSAURA. -(Hace seña que no.)

MILOR. -¿Chocolate?

DOÑA ROSAURA. -(Idem.)

MILOR. -¿Queréis ponche?

DOÑA ROSAURA. -(Que sí hace seña)

MILOR. -Es inglesa, no hay duda, (vanse) ponche luego... a la verdad sois mi paisana.

DOÑA ROSAURA. -Sin duda.

MILOR. -¿Y quién sois?

DOÑA ROSAURA. -Una igual vuestra.

MILOR. -Sentaos, sentaos, ¿me conocéis?

DOÑA ROSAURA. -Mucho, y os amo.

MILOR. -¿A mí?

DOÑA ROSAURA. -Con todo el corazón.

MILOR. -¿Pues dónde me habéis visto?

DOÑA ROSAURA. -En Londres. (Traen el ponche, y beben.)

MILOR. -Pero ¿quién sois? descubriros.

DOÑA ROSAURA. -No puedo, ni lo uno, ni lo otro.

MILOR. -Y ¿por qué?

DOÑA ROSAURA. -No es justo en este paraje.

MILOR. -Y ¿por qué me amáis?

DOÑA ROSAURA. -Por pasión.

MILOR. -Pues yo os pagaré el afecto con el mío.

DOÑA ROSAURA. -No lo creo; estáis empeñado.

MILOR. -¿Con quién?

DOÑA ROSAURA. -Con Rosaura.

MILOR. -No la he prometido fe; seré vuestro.

DOÑA ROSAURA. -Puedo creerlo.

MILOR. -Sin duda, pero logre el veros.

DOÑA ROSAURA. -Esta noche os doy palabra que lo logréis.

MILOR. -¿A dónde?

DOÑA ROSAURA. -Yo os daré aviso.

MILOR. -Tendré ese gusto.

DOÑA ROSAURA. -¿Y madama Rosaura?

MILOR. - Es fuerza ceda el puesto a quién es mi nacional.

DOÑA ROSAURA. -Mirad que estaré en otro traje.

MILOR. -Entonces no os conoceré.

DOÑA ROSAURA. -Pues dadme una señal para que me conozcáis.

MILOR. -Tomad, con enseñarme ese palillero os conoceré.

DOÑA ROSAURA. -Pues me voy.

MILOR. -¿Tan pronto?

DOÑA ROSAURA. -Estoy con cuidado.

MILOR. -Os iré sirviendo.

DOÑA ROSAURA. -Si sois caballero, no hagáis tal.

MILOR. -Os obedezco.

DOÑA ROSAURA. -A Dios MILOR. (Vase.)

MILOR. -¡Qué gusto es encontrar uno sus paisanos! qué modo de hablar tan natural sin sobra de voces, merece la presencia a Rosaura por congeniarme, a demás que por política lo debo hacer, basta que sea inglesa. (Vase.) (Sale DON ÁLVARO.)

DON ÁLVARO. -Monsieur Blau se ha fullido, eu trasportado de la ira no volví la cabeza para ver si me seguía; no on ha obrado como fidalgo, é pois fuie de ò os golpe

insoportables horridos de mi catana, probarà os ínfimos baladíes de mi bastón; traedme chocolate, y viscoitos. (Sacan el chocolate y bizcochos, y sale FRANCISQUÍN, y observando lo que DON ÁLVARO dice.)

FRANCISQUÍN. -Este fantástico me la ha de pagar; señor don Álvaro, el cielo os guarde por muchos años.

DON ÁLVARO. -Bos días rapaz.

FRANCISQUÍN. -Tengo que hablar con V. S. en asunto de...

DON ÁLVARO. -¿De quién?

FRANCISQUÍN. -De doña Rosaura.

DON ÁLVARO. -Vaya pois fillo, falla algo, consuélame con alguna dulzura de su boca.

FRANCISQUÍN. -Pues Señor, a poco que me envió a llamar, y estaba tomando chocolate, lo mismo que V.S. y mientras lo tomaba, entre llantos, suspiros, ayes, dijo y oí el nombre amoroso de don Álvaro su nobilísimo amante.

DON ÁLVARO. -¡Ah! suntuosísima Rosaura, ¡parte principal de mi corazón! falla falla, más objeto consolatorio de miñas penas.

FRANCISQUÍN. -No me puedo explicar bien, si V.S. me permite lo haré conforme lo vi.

DON ÁLVARO. -Si fillo, fazlo con as mismas acciones; pero no me ocultes nada, refrijeria con decírmelo todo mi exhalado peito.

FRANCISQUÍN. -Pues, señor, trajéronla el chocolate (así como esté) con bizcochos, y yéndolos empapando y comiendo decía: ¡Ah! (come) dirás (come) a aquel gran fidalgo portugués, (come) a aquél...

DON ÁLVARO. -Vaya despacha; di, di.

FRANCISQUÍN. -Pues dijo, dirás a el señor don Álvaro de Gama que, que, que, que es un animal, y que no hago caso de él. (Vase corriendo.)

DON ÁLVARO. -¡Ah! bellaco, maroto, bracheiro, patise, traedme su cabeza; este bárbaro vil objeto a irritado os furiosos rayos de miña ira. (Sale MONSIEUR BLAU.)

MONSIEUR. -Caballero, no me culpéis.

DON ÁLVARO. -Llegáis a tiempo, doite fora a catana.

MONSIEUR. -¡Ah! bellezas sumas, a vos consagro esta víctima. (Se baten, y sale por enmedio enmascarada con dominio DOÑA ROSAURA.)

DOÑA ROSAURA. -¿Monsieur, qué hacéis?

MONSIEUR. -Bella máscara, peleo por mi dama.

DOÑA ROSAURA. -¿Y queréis arriesgar la vida por una italiana, cuando tantas francesas suspiran, lloran, y mueren por vos?

MONSIEUR. -Pero si mi rival me desafía no puedo dejar el duelo.

DOÑA ROSAURA. -Vuestro enemigo cesará de desearos la muerte, si no le usurpáis lo que adora.

MONSIEUR. -¿Y deberé ceder con tal vileza?

DOÑA ROSAURA. -Si por temor de infame no la cedéis, por una dama francesa que os adora.

MONSIEUR. -Y ¿cuál es esa?

DOÑA ROSAURA. -Ya está a vuestros pies, (se arrodilla) tened piedad de quien vive solamente por amaros.

MONSIEUR. -Alzaos, tesoro mio, que me hacéis morir.

DOÑA ROSAURA. -No, no he de alzarme sino me aseguráis vuestro cariño.

MONSIEUR. -(Se arrodilla también) sí, mi querida amada, yo prometo de amaros, os juro mi constancia, y mi fe.

DOÑA ROSAURA. -¡Ah! que no lo creo.

MONSIEUR. -Creedlo, ídolo del corazón, seré todo vuestro.

DOÑA ROSAURA. -¿Cómo? ¿Si combatís por otra belleza?

MONSIEUR. -La dejaré por vos.

DOÑA ROSAURA. -Vea yo la prueba.

MONSIEUR. -Ahora lo veréis: amigo, esta mademoiselle francesa suspira por mí; quiere que sea su esposo; si se me da a conocer, y me gusta, Rosaura es vuestra, suspendamos por un momento nuestro duelo.

DON ÁLVARO. -¡Oh! en vano pensáis fullir de miñas maos.

MONSIEUR. -Soy caballero, o cedo a Rosaura, o de aquí no me voy sin mataros, es lícito a los caballeros es un duelo pactar treguas con su contrario.

DON ÁLVARO. -A dito bein, en Portugal antes que el Jesús María se estudian las leyes de caballería. (Entra en el café.)

MONSIEUR. -¿Estáis contenta? Ya cedo a Rosaura; pero logre cuanto antes ver ese amable rostro.

DOÑA ROSAURA. -Por ahora no puedo.

MONSIEUR. -¿Pero cuando tendré ese gusto?

DOÑA ROSAURA. -De aquí a pocas horas.

MONSIEUR. -¿Y cómo me conocéis, y me amáis?

DOÑA ROSAURA. -Si he dejado a París por vos, abandonando aquellas delicias, ¿no queréis que os conozca? por vos vengo rodando el mundo.

MONSIEUR. -Grande amor de las damas francesas, gran constancia de mis paisanas, gran fuerza de mis imperiosos atractivos, soy amable, todas me quieren, ¿pero qué os impide el que os vea?

DOÑA ROSAURA. -El decoro, y estar en la calle.

MONSIEUR. -Pues vamos a parte más retirada.

DOÑA ROSAURA. -No puede ser; yo parto.

MONSIEUR. -Yo os seguiré absolutamente.

DOÑA ROSAURA. -Si tal intentáis no me veréis más.

MONSIEUR. -¿Habéis venido para atormentarme?

DOÑA ROSAURA. -En breve me veréis, y me conoceréis, y para prueba dadme una señal que os sirva de aviso.

MONSIEUR. -Aquí tenéis este frasquito de agua de samparelle.

DOÑA ROSAURA. -Por ella me conoceréis.

MONSIEUR. -¿Pero adónde lograré tanta fortuna?

DOÑA ROSAURA. -A pocos momentos seréis avisado.

MONSIEUR. -Mon Dieu, abrevia las horas.

DOÑA ROSAURA. -¡Oh! cielo, haced que el corazón sea contento.

MONSIEUR. -Madama, madama, sois demasiado cruel.

DOÑA ROSAURA. -¡Ah! Monsieur, no me habéis conocido. (Vase.)

MONSIEUR. - Yo no puedo seguirla pues ella me lo impide, ¿quién será? una francesa venida por mí a Venecia; aunque yo todo me lo merezco, dudo en creerlo. No puede ser, algún chasco de máscara como estamos en carnestolendas, sí; y ¿qué yo me lo haya creído? pero ¿qué mucho si al instante me hallé enamorado de sus palabras? no, no cedo a Rosaura sin más pruebas; no dejo el empeño. Don Álvaro. (Sale DON ÁLVARO del café.)

DON ÁLVARO. -¿Quién me chama?

MONSIEUR. -La mademoiselle negó descubrirse, y yo no estoy en grado de prederirla a Rosaura.

DON ÁLVARO. -¡Ah! cederéis por fuerza.

MONSIEUR. -Eso lo veremos.

DON ÁLVARO. -Amor, virtud, grandeza, e mérito saon os númenes tutelares que sirven de mérito a miño deseo.

MONSIEUR. -Poco os servirán. (Riñen: y sale ROSAURA vestida a la portuguesa.)

DOÑA ROSAURA. -A caballeros, suspended los rayos de vuestro furor.

DON ÁLVARO. -Una dama portuguesa.

MONSIEUR. -Madama, vuestra voz desarma mi furor, y vuestro garbo me enamora.

DOÑA ROSAURA. -No os conozco, busco a don Álvaro.

DON ÁLVARO. -¿Qué manda vuesa merced a seu criado?

DOÑA ROSAURA. -Apartaos, que quiero hablaros con libertad.

DON ÁLVARO. -Por favor de esta dama o tenpero por un momento.

MONSIEUR. -Gastoso os espero. (Entra.)

DOÑA ROSAURA. -Tieneme sorprendida, y a todo Portugal que toda vuestra esclarecida nobleza la procuréis envilecer, pretendiendo casaros con una hija de un

mercader, ¿vos que habéis nacido en la magnificencia de un carácter tan soberano entre tantos héroes descendientes de infinitos monarcas, y emperadores intentáis cosa tan vil? todo el reino os pide el arrepentimiento de tan bastardo delito; y cuando esto no baste, una fidalga esclarecida portuguesa os la manda sopena del mayor castigo.

DON ÁLVARO. -¡Ay de mí! estoy confuso, esas voces me han encantado; o mismo que sucedió en Palestina a Reynaldos de Montalbán; nobilísima dama, que tal demostráis ser en un tan generoso feito, en el rubor mío conoceréis miño arrepentimiento de un tan infame pensamiento; y aquí con todo el juramento necesario os ofrezco la enmienda.

DOÑA ROSAURA. -Poca pena es esa para vuestro delito.

DON ÁLVARO. -Yo me ofrezco a todo por purgar tanta culpa, imponedme la que gustéis.

DOÑA ROSAURA. -Pues por tan horrible defecto debéis amarme sin verme; obediente sin que me conozcáis.

DON ÁLVARO. -Pero es demasiada violencia.

DOÑA ROSAURA. -Más es querer a una mujer hija de un mercader.

DON ÁLVARO. -¡Ha! ten razon; os obedecerè.

DOÑA ROSAURA. -Debéis amarme sin esperar premio.

DON ÁLVARO. -Me facéis temblar.

DOÑA ROSAURA. -Debéis estar sujeto a mi voz y mandatos sin repugnancia.

DON ÁLVARO. -Todo ò farré; ¡ha! ¡qué sentimientos tan graves, tan nobles, dignos solos de una fidalga!

DOÑA ROSAURA. -Yo hos he de seguir por todo sin ser conocida; y si os veo en afectos indignos de vuestra calidad seréis víctima del gran decoro, dadme una señal para pandaros sin que oigáis mi voz.

DON ÁLVARO. -Tomad esa caja.

DOÑA ROSAURA. -Parece de mujer.

DON ÁLVARO. -Sí; es un cambio de Rosaura; os la doy por despreciar sus prendas.

DOÑA ROSAURA. -Ahora empezáis a gustarme.

DON ÁLVARO. -Gracias al cielo.

DOÑA ROSAURA. -Acordaos de vuestra grado, y mi amor.

DON ÁLVARO. -Seré fiel observador de mi palabra, ¿y no sabré quién sois?

DOÑA ROSAURA. -Cuando lo sabréis quedaréis pasmado. (Vase.)

DON ÁLVARO. -Sin duda que es una das heroínas lusitanas, ésta es alguna princesa que enamorada de algún retrato miño viene en mi busca, ¡ah! amor, ¡ah! cupidito travieso, tú me querías envilecer, pero el numen tutelar de miña nobleza envió la bella incógnita a salvar el honor de tuda asidalgueria portuguesa. (Vase.) (Calle, y sale en CONDE, y FRANCISQUÍN.)

CONDE. -¿Qué diablos dices? hombre.

FRANCISQUÍN. -Que doña Rosaura ha enviado un recado a convidar para un festín a toda la posada.

CONDE. -¿A la posada? dirás a las cuatro que concurrimos a su casa.

FRANCISQUÍN. -Sí señor; lo mismo.

CONDE. -¡Ah! comprendo, Rosaura me tira a matar; celos, y más celos, ¡Yo en medio de tantos rivales! mucho lo siento.

FRANCISQUÍN. -¿Qué es eso de la mano?

CONDE. -No fue nada. (Sale con dominio ROSAURA.)

oyes mira que máscara, y me mira con atención.

FRANCISQUÍN. -Es verdad. Cuidado que en este carnaval uno no encuentra el sol de agosto, y halla la luna de marzo.

CONDE. -¿Qué es eso? Máscara, ¿mandáis algo? (suspira ROSAURA) no me sirven suspiros; alguna vez los creía; pero ya nada.

DOÑA ROSAURA. -Eso es ofender a quien no conocéis.

CONDE. -Pronto, ¿qué mandáis?

DOÑA ROSAURA. -Yo enamorada de vos...

CONDE. -Bueno... ¿y es verdad?

DOÑA ROSAURA. -Seguro.

CONDE. -Pues venís mal; que no se me da nada.

DOÑA ROSAURA. -¿Por qué?

CONDE. -Porque mi corazón está empeñado en otra parte.

DOÑA ROSAURA. -Ya; ¿y con la viuda? que mal gusto tenéis.

CONDE. -Bueno, o malo me gusta, y tanto me basta.

DOÑA ROSAURA. -Pero si es hija de un mercader, y no es noble...

CONDE. -Que sea, o no nada importa, amo su virtud, su modestia, sus prendas naturales, que esto es lo que se debe buscar, lo demás es viento fantástico del mundo.

DOÑA ROSAURA. -Pero si ella creo que está empeñada con otros.

CONDE. -Eso está en duda; yo la quiero, y cuando ingrata me olvidase tendré el lauro de serla constante.

DOÑA ROSAURA. -¿Con que no puedo esperar que me améis mudandoos de cariño?

CONDE. -¿Si os he dicho que no? ¿de qué sirve?

DOÑA ROSAURA. -A lo menos dadme una memoria.

CONDE. -¿Memoria queréis? tomad un duro.

DOÑA ROSAURA. -No quiero vuestro dinero.

CONDE. - ¿Pues qué? (Tiene el CONDE un pañuelo en la mano, se lo quita, y parte.)

DOÑA ROSAURA. -Sólo este pañuelo. (Vase.)

CONDE. -Menos mal; si me lo hubiera dicho antes hubiera ahorrado infructuosas palabras. En fin con poco se ha contentado, un pañuelo, hay otras que no le bastan un talego, estoy impaciente, voy al convite de Rosaura. (Vase.) (Cuarto de función en casa de ROSAURA con luces, y sillas prevenidas para función, salen MARIONETA y ELEONORA.)

MARIONETA. -¿Con que qué tal? ¿no es mejor el francés que no el viejo?

ELEONORA. -Mejor es; pero me parece que es muy veleidoso.

MARIONETA. -¿Por qué?

ELEONORA. -Porque se ha enamorado mucho a la primera vista.

MARIONETA. -Pero ¿os gusta, o no?

ELEONORA. -Toma si me gusta; y mucho, como él quiera casarse, yo por mí le ofrezco novia.

MARIONETA. -Pues dejadme hacer a mí.

ELEONORA. -Pero mi hermana ¿qué dirá?

MARIONETA. -Tiene cuatro donde escoger; no le faltará.

ELEONORA. -Pues bien, me fío de ti.

MARIONETA. -Yo os aseguro contento: tengo hechos más matrimonios en esta vida que no tengo pelos en la cabeza, aquí viene vuestra hermana, cuidado.

ELEONORA. -Haré cuanto me digas. (Sale ROSAURA.)

DOÑA ROSAURA. -Eleonora, no habéis querido ser la última.

ELEONORA. -Vine con Marioneta.

DOÑA ROSAURA. -Bien, ea corazón, ya es hora de buscar una esclavitud gustosa. (Sale el CONDE.)

CONDE. -Aquí estoy a recibir vuestros preceptos.

DOÑA ROSAURA. -A mí me tocará el honor de ejercer los vuestros.

MARIONETA. -El conde celoso ha sido el primero. (Se sienta al lado de ROSAURA.)

DOÑA ROSAURA. -Sentaos.

CONDE. -Aquí estoy bien.

MARIONETA. -Cerca de la viuda, no te se escape. (Sale DON ÁLVARO.)

DON ÁLVARO. -La señora doña Rosaura; seu criado...

DOÑA ROSAURA. -Sentaos, señor don Álvaro.

DON ÁLVARO. -No quisiera que estuviera a fidalga incógnita ¿dónde habéis puesto miña excelsa genealogía?

DOÑA ROSAURA. -En mi cuarto.

DON ÁLVARO. -Debéis pindorarle en esta sala, para que foise admiración de tudus los concurrentes.

MARIONETA. -No, señor, lo pondremos a la puerta de la calle, que así lo verán más.

DON ÁLVARO. -Criada impertinente. (Sale MILOR.)

MILOR. -Madama, mademoiselle, monsieurs.

DOÑA ROSAURA. -Milor, bien venido.

MILOR. -Madama.

MARIONETA. -El diablo del estítico, no habla más que madama, madama. (Sale MONSIEUR BLAU. Siéntase.)

MONSIEUR. -Madama Rosaura, Rosaura, siempre rendido a sus pies; mademoiselle (le besa la mano) Eleonora, me postro a esos rayos brillantes. (La besa la mano, aunque se retira.) Amigos, siempre vuestro.

MARIONETA. -A lo menos (los abraza a todos y los besa) esté alegre la conversación.

DOÑA ROSAURA. -Monsieur Blau, tomad puesto.

MONSIEUR. -El que yo deseaba está cogido, pero no importa, me sentaré cerca de esta bella muchacha. Doña Rosaura, ¿y mi joya?

DOÑA ROSAURA. -Diréis vuestro retrato.

MONSIEUR. -Sí, yo creía que le teníais en el pecho.

DOÑA ROSAURA. -Ahora os responderé.

CONDE. -No sé como tolero tantos celos.

DOÑA ROSAURA. -Señores míos, pues os habéis dignado de venir al convite, esto ha sido fomentado de mayor causa; y antes que se multiplique la conversación quiero salir de un cuidado el más fuerte; nadie se enoje y oiga, todos cuatros caballeros me han declarado un amor que no merezco. Don Álvaro regalándome a árbol genealógico de su casa que me ha llenado de honor. Milor con excesivas joyas. Monsieur Blau con su retrato me ha encantado; y el conde con sus finas expresiones me obliga. Yo bien quisiera ser grata a todos, pero no me es posible sino pagar a uno; y para que se conozca que mi elección ni es caprichosa, ni apasionada, sino producida de vuestras propias elecciones; vos, Milor, que negado estáis al estado de casaros os prevengo, que una dama inglesa os acuerda que nada me habéis prometido, y os envía este estuche, en prueba de lo que habéis dicho, vos Monsieur Blau, aunque vuestras sumas expresiones, finezas, afectos, y suspiros me hacia creer os fiel, una dama francesa me dice os diga, que así como habéis cedido a Rosaura a

vuestro enemigo por quererla, ésta os cede a vos en igual fineza, siendo el testimonio mío este frasquito de samparelle. El señor don Álvaro también me había sorprendido con dignarse admitirme entre su nobilísima sangre; pero habiendo una señora fidalga hechole presente el horroroso delito de quererse casar con una hija de un mercader, de nuevo se lo acuerda, para que insista en su decoro y no llegue a envilecerse, devolviéndole a V. S. la caja que dio por despreciada, sólo por ser fineza mía. Vos, conde, por haber tratado tan ásperamente a la máscara, y habéis sido tan ingrato a su cariño por no faltar a vuestro fiel amor de Rosaura, merece que ésta, como lo hace, os dé la mano volviéndoos el pañuelo; premio justo de vuestra constancia, fe y amor.

CONDE. -¡Oh! ¡qué dicha, o momento feliz! ¡venturoso yo mil veces!

MILOR. -Viva el conde, yo me alegro.

MARIONETA. -Siempre lo dije yo que había de escoger lo peor.

DON ÁLVARO. -Jamás creí que as mulleres italianas foesen capaces con tanta malicia de profanar o muy venerado carácter de un nobilísimo fidalgo portugués, este delito os face horrible a meos olls, è juiendo vuestra vista no os doy más castigo que el acerbo door de privaros de miña entronizada, magna, superlativa, y magnífica protección. (Vase.)

MONSIEUR. -Madama; la pérdida de vuestra persona me costaría algún suspiro si acaso os casaseis en Indias; pero como os habéis casado con el conde, y en Italia, la felicidad de veros, y ser siempre vuestro honesto amante me consuela; porque es cierto que el conde pasará por ser marido a la moda.

CONDE. -No amigo; lo estimo, la señora Rosaura no necesita de vos.

MONSIEUR. -Haced un viaje a París, y os curaréis esa enfermedad.

MARIONETA. -Monsieur Blau, si os queréis casar, madama Eleonora...

MONSIEUR. -Sí; pues cásame tú a la moda de nuestro país de pronto.

MARIONETA. -Pues aquí está vuestra esposa.

MONSIEUR. -¿Me queréis conceder esta gracia?

ELEONORA. -Porque no.

MONSIEUR. -Pues viva el amor, viva Himeneo; Señora cuñada, ahora estoy doblemente contento. Conde, ya no tendréis celos.

CONDE. -Con todo eso hacedme favor de hacerme pocas visitas. (Sale DON PANTALEÓN, y DON ALBERTO.)

DON ALBERTO. -¿Qué es esto? ¿qué es esto?

MONSIEUR. -Carísimo progenitor, dejad que os bese la mano, os abrace, os bese, ya sois mi suegro.

DON ALBERTO. -¿Cómo, cómo?

DOÑA ROSAURA. -Sí padre mío, hecha prueba de mis amantes, la fidelidad del conde ha vencido, ya es mi dueño; Monsieur Blau ha pedido a mi hermana.

DON PANTALEÓN. -Y yo he quedado fresco, ¡pobres viejos! somos el desprecio de la mocedad.

DON ALBERTO. -Pues Rosaura, supuesto que habrás visto lo que nos conviene, todo lo apruebo.

MILOR. -Este piensa como verdadero inglés.

DOÑA ROSAURA. -Y pues el festín prevenido ha sido dispuesto para gloria de estas bodas, habiendo hecho presente mi sutileza el modo de manejarse una viuda joven y prudente, vamos todos donde celebremos contentos tanto gusto.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

